

5 A 09

FÁBULAS ARGENTINAS

GODOFREDO DAIREAUX

ILUSTRACIONES DE
MANUEL PURDÍA

CIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA / EN CASO DE VENTA, DENUNCIAR AL TEL. 0800.999.3672

282
I
9
MATERI



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

 Ediciones Continente



FÁBULAS ARGENTINAS

Godofredo Daireaux

Ilustraciones:
Manuel Purdúa

Colección CUENTAN QUE CUENTAN
Dirigida por:

Pablo L. Medina y Nerio Tello
Área de Producción Editorial de
La Nube. Infancia y Cultura

La nube
ediciones

 **ediciones Continente**

Daireaux, Godofredo

Fábulas argentinas : colecciones de aula, edición especial para el Ministerio de Educación de la Nación / Godofredo Daireaux ; ilustrado por Manuel Purdía. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Continente, 2014.

96 p. ; 24x17 cm.

ISBN 978-950-754-506-1

1. Fábulas. I. Purdía, Manuel, ilus.
CDD 398.2

Fábulas argentinas

ISBN: 978-950-754-506-1

“Colecciones de aula”, edición especial para el MINISTERIO de EDUCACIÓN de la NACIÓN

Diseño de interior: Carlos Almar

Diseño de tapa: Estudio Tango

Ilustraciones de tapa e interior: Manuel Purdía

© de esta edición:

Ediciones Continente

Pavón 2229 (C1248AAE) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4308-3535 - Fax: (54-11) 4308-4800

e-mail: info@edicontinente.com.ar

www.edicontinente.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Libro de edición argentina / Impreso en Argentina / Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y es críto del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2014 en **Cooperativa Chilavert Artes Gráficas**,
Chilavert 1136, CABA, Argentina – (5411) 4924-7676 – imprentachilavert@gmail.com
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

Encuadrado en **Cooperativa de Trabajo La Nueva Unión Ltda.**,
Patagones 2746, CABA, Argentina – (54 11) 4911-1586 – cooplanuevaunion@yahoo.com.ar
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

Las tapas fueron laminadas en **Cooperativa gráfica 22 de mayo** (ex Lacabril),
Av. Bernardino Rivadavia 700, Avellaneda, Bs. As., Argentina – (54 11) 4208-1150 – lanuevalacabril@gmail.com
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)



Acerca de estas fábulas y de su autor

Como se sabe, la fábula es una composición literaria breve, en verso o prosa, cuyos personajes son, en general, animales u objetos inanimados. En algunos casos pueden aparecer animales y seres humanos, aunque no es lo más frecuente.

En su forma más tradicional, apuntaba a criticar ciertos hábitos o a apuntalar verdades morales que, a modo de advertencia o consejo, se sintetizan al final de la narración en una moraleja o una sentencia, como por ejemplo: "Según el juez, es el juicio" y otras a las que apela el autor de este libro.

Sin embargo, esta suerte de sermones para proceder en la vida está revestida casi siempre de un halo casi inocente. Como si se quisiera disimular un remedio amargo en una cuchara de azúcar.

Estas formas literarias vienen desde la antigüedad. Quizás el primero y más popular de los fabulistas es Esopo, un pobre e ingenioso esclavo a quien le gustaba enrostrar las verdades a sus amos a través de historias sencillas y humorísticas para evitar, de ese modo, que lo mataran a azotes como era costumbre entonces. Dicen que era jorobado y tartamudo, y al mismo tiempo un charlatán y narrador innato. Entre otras frases acuñó una que dice: "Es fácil ser valiente desde una distancia segura".

Muchos años más tarde, el francés Jean de La Fontaine alcanzó merecida fama con fábulas protagonizadas por animales de la vida cotidiana. Tenía una fuerte inspiración en Esopo

y en el poeta latino Horacio (autor de *El ratón de campo y el ratón de ciudad*). Las fábulas de La Fontaine son sencillas y parecen escritas o dichas al pasar, sin embargo tiene un trasfondo malicioso y por cierto, gran sentido de la comicidad. Este escritor no predica sobre los grandes sentimientos sino que se limita a dar algunos consejos para hacer al hombre más razonable y feliz.

En este género literario, la presencia de animales suelen llevar a pensar de que se trata de historias para entretenar a los pequeños (y por cierto ese era el trabajo de Lafontaine y también del fabulista español Tomás de Iriarte) pero por sus características, estos cuentos populares difundidos de boca en boca y a veces con pretensiones filosóficas, suelen ser del gusto tanto de chicos como de grandes.

Las *Fábulas argentinas* de Godofredo Daireaux sin duda constituyen una curiosidad dentro del acerbo literario argentino. El autor, francés de origen, une con singular destreza una tradición popular universal con sus experiencias en la pampa argentina. Así, las criaturas de las que se vale están íntimamente vinculadas al campo argentino (zorro, liebre, comadreja, vaca, cabras y aves de todo plumaje), salvo una excepción que puede sonar hasta exótica, como es la aparición de un elefante en “Concurso de belleza” y algún tigre que bien podría ser un puma.

Estas fábulas, de estructura sencilla y de prosa diáfana ponen en evidencia el pensamiento de un hombre enamorado de la pampa y de sus costumbres, conocimiento del que se vale para desarrollar su escritura de innegable intención pedagógica. En estos relatos, inocentes a veces, irónicos y sutiles otras, el autor no cede a la tentación de enfatizar, a veces innecesariamente, en el mensaje que ya tienen implícito sus textos.

Hijo de un normando que había hecho fortuna con el café en Brasil, Geoffroy François Daireaux (París, 1839 – Buenos Ai-

res, 1916) se estableció en la Argentina en 1868. Compró terrenos e instaló almacenes sobre la línea del ferrocarril al Pacífico y participó de la fundación de las ciudades de Rufino, en la provincia de Santa Fe, y Laboulaye y General Viamonte, en la provincia de Córdoba. Por problemas de salud abandonó su labor colonizadora y se dedicó a la escritura y la docencia.

Escribió relatos de costumbres –*Comedias argentinas, Cada mate un cuento, etc.*– y tratados como *La cría del ganado* y *Almanaque para el campo*. Una escuela de artes y oficios en Rufino (Santa Fe), calles en varias ciudades y un partido bonaerense recuerdan su nombre que, como es sabido, se pronuncia “Deró”.

Nerio Tello

El hombre y la oveja

El hombre le dijo a la oveja: ¡Te voy a proteger!

Y a la oveja le gustó.

—Apenas tienes en las espaldas, para resistir al frío, algunas hebras de gruesa lana —dijo el hombre—. Vives en rocas ásperas, donde tienes que brincar a cada paso, con riesgo de tu vida, para buscar el escaso alimento, el pobre pasto que allí crece. Los leones no te dejan en paz. Crías hijos flacos con tu poca leche, y da pena verte en semejante miseria. Ven conmigo. Te daré rico vellón de lana fina y tupida, perseguiré a tus enemigos, curaré tus enfermedades, tendrás parques seguros y prados abundantes. Verás tus corderos, ¡qué gordos serán! Ven, pues; te voy a proteger.

Y fue la oveja, balando de gozo.

El hombre, primero, la encerró en un corral. Quiso ella salir; un perro le mordió el hocico.

La hirieron en la oreja con un cuchillo y la metieron en un baño frío, de olor muy feo.

Por fin, de compañero le dieron un carnero que a ella no le gustaba nada.

En vano protestó.

—Es para tu bien —dijo el hombre—: ¿no ves que te estoy protegiendo?

Poco a poco se fue acostumbrando.

Sus formas agrestes cambiaron por completo; sus mechones cerdosos se volvieron lana, y se hinchó de orgullo al ver su hermoso vellón.

Entonces, el hombre la esquiló.

La oveja tuvo magnífico hijos, rebosantes de salud y redondos de gordura.

El hombre se los llevó, sin decirle para dónde.

La oveja quiso saltar el corral para seguirlos, y rompió un listón de madera. El hombre, furioso, asentándole un golpe en la cabeza:

—¡Vaya! —dijo—, ¡métase uno a proteger ingratos!

Los pajaritos y la luciérnaga

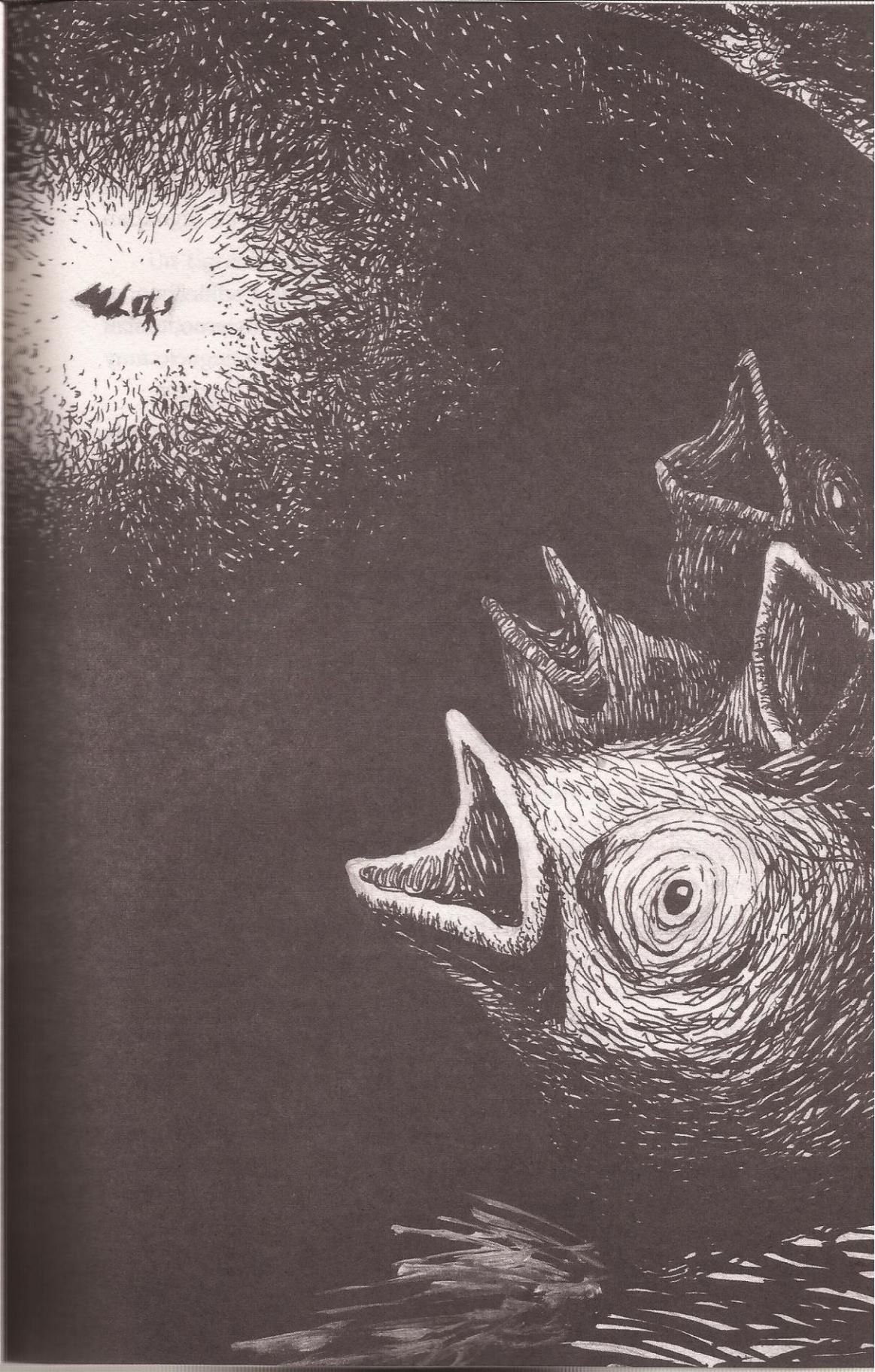
Cuatro pajaritos recién emancipados del nido dormían en un monte muy tupido, con la madre. A las doce de la noche fueron despertados por una luz y rompieron a gorjeear.

La madre, sobresaltada, preguntó lo que les pasaba y contestaron en coro que ya había salido el sol. Y la madre les hizo ver que no era más que una pequeña luciérnaga.

A muchos les pasa lo mismo, que ven genios en todas partes y gritan: “¡Aquí está el sol!”, al prenderse cualquier vela.

La mariposa y las abejas

De flor en flor iba la mariposa, luciendo sus mil colores, más linda que las mismas flores, más divina que un pétalo de rosa.



A cada paso, en sus revoloteos, encontraba a las abejas, atareadas siempre, siempre afanadas. Asimismo, como sabía dejarles el paso, las saludaba afablemente; las abejas le habían tomado cariño, y de cuando en cuando algunas se dignaban conversar un rato con ella.

Así la mariposa se enteró de cómo las abejas edificaban su colmena, la proveían de todo lo necesario para el invierno, tenían sus depósitos llenos y hasta podían dedicarse a un negocio muy beneficioso de intercambio de productos con otros insectos.

Le ofrecieron muchas cosas, pusieron a su disposición la casa y le prometieron mil atenciones.

La mariposa, llena de imaginación, se figuró que con semejante ayuda, podría también ella poner un negocio. Hasta entonces solo se había ocupado de recoger la miel para su consumo personal; pero, como las abejas, sabía juntarla, y lo mismo que ellas, podría muy bien hacer fortuna.

Sólo le faltaba un poco de cera para empezar y algunos otros materiales para formar la colmena. Así, fue a ver a sus amigas las abejas, a pedirles la cera.

Una, desde el umbral de su casa, le contestó que, justamente en este momento, acababa de disponer de la poca que tenía guardada, y que de veras sentía mucho no poderla favorecer.

La segunda entreabrió la puerta, y le dijo que todavía no tenía cera disponible; y la tercera, por la ventana, le gritó que recién al día siguiente la iba a tener.

Otra, con mucha franqueza, le contestó que, realmente, tenía, pero que la iba a necesitar y no se la podía prestar.

Y la mariposa volvió a sus flores, convencida de que de los mismo que se ofrece, muchos han tenido, muchos tendrán, muchos van a tener, muchísimos tienen y lo guardan, y que, si los hay, bien pocos deben ser los que tienen y dan.

El tigre y los chimangos



Un tigrecito, joven y de poca experiencia, se había fijado que cuando volvía de la caza, los chimangos se juntaban por centenares alrededor de él, saludándolo con su simpática gritería, mientras devoraba la presa.

—Nosotros los tigres —pensaba—, como príncipes que somos, solemos tener pocos amigos leales. Adulones no nos faltan, por cierto, que siempre tratan de sacar de nosotros alguna tajada, o miedosos y cobardes, que con tal de alejar de sí nuestra ira, serían capaces de las más bajas vilezas. Pero estos chimanguitos no son ni lo uno ni lo otro. Se conoce a la lejua que sus gritos son de sincera y pura alegría, de felicitación desinteresada, pues nunca vienen, estando uno de nosotros, a pedir siquiera una lonjita de carne. Tampoco nos pueden tener mucho miedo, pues son tan flacos que no valen un manotón, y bien lo saben ellos, por cierto. ¡Estos, sí, pues, son verdaderos amigos!

Un día, volvió sin haber podido cazar ninguna presa.

Como siempre, muchos chimangos había alrededor de la guarida paterna, pero calladitos.

—Tristes están los pobres —pensó el tigrecito—, porque ven que vengo sin nada y les da lástima verme pasar hambre. ¡Qué buenos amigos!

Enternecido, contó el hecho a su padre, quejándose sólo de no poder conocerlos a todos uno por uno, para quererlos más.

—¿Quieres saber cuántos son? —le dijo el viejo—. Pues, hazte el muerto, no más, y pronto se van a juntar todos.

Así hizo nuestro tigrecito. Al rato, empezó la gritería, y venían chimangos, y más chimangos; demasiados eran para po-

der contarlos; y casi lloraba de gusto el tigrecito al verse rodeado de tantos amigos...

De repente sintió que dos de ellos, creyéndolo muerto de veras, empezaron a picotearle los ojos, y conoció su error.

La gaviota y las langostas

La gaviota, como lo sabe cualquiera, nunca se queda muy atrás para ganarse la vida. De gañote algo ancho, de apetito insaciable, poco delicada, le mete pico a cualquier bocado, cai-ga del cielo o sea pura basura.

Si deja de comer un rato, no por ello cierra el pico, pues también le sirve para charlar. ¡Dios nos libre de sus gritos cuando hablan de política!

A pesar del pelaje, es prima hermana, dicen, del ave negra, que vive en los pueblos de campaña.

Un día, se quejaban todos los animalitos que viven en la campaña, de la invasión de la langosta. Los que más habían trabajado eran los más afligidos.

—¡Trabajar todo el año y no cosechar ni Cristo! —decían.

—Ni un grano va a dejar esta maldita langosta, ni una hebra de pasto. ¡Si el gobierno aunque sea bajase el impuesto!

—Al contrario —dijo uno—; han votado otro más para matar la langosta.

Y todos se callaron, deplorando su miseria. Solamente la gaviota parecía más bien risueña. Uno le preguntó por qué.

—Amigo —le contestó—, el que saber vivir, hasta de la langosta vive.

La hormiga y la cucaracha

Al pie de una bolsa de arroz se encontraron la hormiga y la cucaracha.

La primera, con cuidado, agarró un grano de los que salían por la costura de la bolsa y con gran trabajo lo llevó hasta su cueva. Volvió, tomó otro, y se lo llevó también; y así siguió sin descanso.

La cucaracha subió hasta la misma boca de la bolsa, probó un grano, lo tiró, probó varios, probó muchos, mordiéndolos apenas y tirándolos en seguida. Una vez llena, se durmió entre el mismo arroz y lo ensució todo.

Al bajar, horas después, volvió a ver a la hormiga que seguía trabajando, llevando sin descanso los granitos a la cueva.

Se burló de ella, la trató de avarienta y se fue a pasear sin rumbo por los techos del granero. La hormiga regresó a su casa, a comer y dormir.

Días después, la cucaracha, en una hora de hambre, se acordó de la bendita bolsa de arroz y corrió donde había estado parada, pero la habían quitado de aquel sitio, justamente porque ella la había ensuciado.

—No importa, la hormiga tiene —dijo.

Y fue a buscarla.

La hormiga la recibió muy bien, y consintió, sin mayor dificultad, en prestarle cien granos de arroz, pero con la condición que le devolviese al mes ciento diez.

Agradecida, la cucaracha se comió los granos, y cuando no tuvo más, fue a visitar otra vez a la hormiga.

Pero no consiguió nada hasta no haber cumplido con su anterior compromiso. ¡Y qué trabajo le costó! Habían escondido la bolsa de arroz en un rincón oscuro, lejos de la cueva de la hormiga, y tuvo que hacer viajes y viajes.

La hormiga almacenaba los granos a medida que llegaban. Puso aparte ocho de los diez que le correspondían por rédito, y como la cucaracha le preguntase por qué hacía así, le contestó:

—Estos ocho los comeré y; los otros dos quedan de reserva; y con ellos los que me permiten trabajar para mí sola, y también hacer trabajar a los demás para mí.

Con la economía se conserva la independencia propia y hasta se compra la ajena.

El mono y la naranja

Un mono, sin dejar de rascarse, alzó una naranja y la quiso comer. Pero primero la tenía que pelar.

No queriendo dejar su ocupación, tiró de la cáscara con los dientes, pero poco le gustó la amargura de la cáscara y buscó otro medio.

Siempre rascándose con una mano, puso un pie sobre la naranja, y con la otra mano la empezó a pelar: una posición cansadora.

Se sentó entonces y apretó la naranja entre las rodillas, sacando con la mano libre algo de la cáscara; pero la fruta se resbaló y rodó por el suelo, donde se ensució toda. Enojado, pero siempre rascándose, la limpió como pudo y la empezó a chupar. Con una sola mano podía exprimir poco jugo y sus esfuerzos no daban resultado.

Algo desconsolado, pestañeaba, mirando con sus ojitos la naranja sucia y deshecha, buscando la solución del problema, cuando de repente se le alegró la cara. Había por fin encontrado el medio sencillo y seguro de poder pelar ligero y bien una naranja.



Dejó de rascarse por un rato, agarró fuerte la fruta con una mano, la peló con la otra en un minuto, la partió, la comió, la hizo desaparecer, y dando dos piruetas, se empezó a rascar otra vez, pero ya con las dos manos.

Hacer dos cosas a la vez no sirve, y siempre trabaja mal una mano sin la ayuda de la otra.

El perro fiel

Un perro llevaba en una canasta, para la casa de su amo, un buen pedazo de carne.

Por el camino encontró a su pariente el perro cimarrón, quien entabló con él una conversación amistosa. No comía todos los días el pobre, y de buena gana hubiera mascado un poco de lo que llevaba el perro. Hacía mil indirectas; ofrecía sus servicios para cualquier oportunidad; proponía ciertos cambazos muy ventajosos, según él, enumerando con énfasis las varias reses que decía tener guardadas.

—Dame la canasta— decía al perro; —te la voy a llevar hasta casa, y allí verás cosas buenas. Podrás elegir a tu gusto la presa que más te parezca del agrado de tu amo, a quien tanto deseo conocer, y así se las ofreces de mi parte.

El perro, sin abrir los dientes, medio le contestó que no tenía tiempo, que lo dispensara; y para evitar compromisos, se apretó el gorro.

Algo más lejos, dio con un puma flaco, hecho feroz por el hambre.

El perro, en otra ocasión, hubiera disparado; pero el deber lo hizo valiente. Puso en el suelo la canasta, enseñó los colmillos y esperó el ataque. El puma se abalanzó más a la canasta que al enemigo, pero antes que la pudiera agarrar, el perro lo

cazó de la garganta y lo sacudió de tal modo que se volvió el otro para los montes, sin pedir el vuelto.

Trotando, seguía el perro con la canasta, cuando se vio rodeado, sin saber cómo, por cuatro zorros. Se paró; y ellos se pararon. Volvió a caminar; se volvieron a mover. Se le venían acercando mucho, pero si soltaba la canasta para castigar a alguno de ellos, los otros aprovecharían la bolada, entonces optó por quedarse al pie de un árbol, y esperar con paciencia que lo vinieran a ayudar. Pasaban las horas y los zorros no se atrevían a atacarlo, pero, pacientes, espiaban un descuido del fiel guardián. Ni pestañeó siquiera, y cuando lo atormentó el hambre, no se quiso acordar de lo que llevaba, pues era ajeno.

Al fin, vino el amo, inquieto, buscándolo. Dispararon los zorros, y el perro fue acariciado, pues había sabido tener, para conservar, más astucia que el astuto para adquirir, más fuerza que el fuerte, y más paciencia que el paciente.

La cigüeña

De paso acompasado, con los anteojos puestos, alzando los pies con majestuosa precaución, iba la cigüeña, clavando a cada rato su largo pico en el suelo húmedo, matando y tragando por familias enteras los sapos, las ranas, las lagartijas y demás inocentes bichos.

Sin más defensa que sus quejas, en vano los pobres le pedían piedad, y la llanura resonaba del triste coro de sus *ayes* y de maldiciones al terrible tirano.

Impasible, seguía su obra la cigüeña, indiferente a quejas que no entendía; encontrando, sí –aunque llena de tierna indulgencia–, que todos esos infelices, realmente, metían demasiada bulla con sus gritos y que harían mejor en callarse...

En la falda del bañado, conversaban en aquel momento la mulita, la vizcacha y el zorrino.

—¡Mira! —dijo la mulita—. Ahí está la cigüeña. Habrá venido a pasar su habitual temporada. ¡Cuánto me alegro! Pues es un gusto pasar un rato con tan buena persona.

—Ciento que es muy buena persona, y tan reservada —afirmó el zorrino.

—¡Excelente persona! —dijo la vizcacha.

Y los tres formando coro:

—¡Excelente persona! —repitieron con convicción.

Según el juez, es el juicio.

El hurón y la gata

Un día el hurón y la gata se asociaron para beneficiarse una cantidad de ratas que se habían apoderado de una casa.

Durante muchos días, vivieron como reyes y en la mayor amistad.

La gata cazaba poco, porque las ratas eran grandes y no las podía agarrar sola; pero ayudaba al hurón. Éste mataba muchas, haciéndole su parte a la compañera, quien, por su lado, y para variarle la comida, le dejaba algo de lo que le daban los amos de la casa.

Pero, poco a poco, las ratas fueron escaseando; el hurón se comía las pocas que podía cazar, y la gata que había tenido familia, ya no le daba nada al hurón, pues la ración apenas le alcanzaban para ella.

Vino la penuria y hubo reyertas.

Así sucede a menudo, entre los mismos hombres, que en vez de comer los últimos pedazos de pan, se los tiran a la cabeza.

Medio muerto de hambre, el hurón, un día, vio pasar cerca de él a uno de los cachorritos de la gata, y se lo comió. La gata buscó a su hijo; pero ni rastro encontró.

Al día siguiente, el hurón, cebado, se cazó otro. La gata, esta vez, lo vio y corrió sobre él; en vano, ya se lo había comido.

Echó la gata los gritos al cielo, y se deshizo la sociedad. Más bien sola, pensó tarde la pobre, y no tan mal acompañada.

La vizcacha y el pejerrey

Una vizcacha, buena persona sin duda, pero algo corta de vista y de ingenio, andaba un día, a la oración, buscándose la vida en las riberas de un arroyo. Al mirar las aguas, quedó de repente asombrada: le había parecido ver, moviéndose en ellas, un ser vivo, lindo; al parecer, ágil y plateado. Pronto se convenció de que efectivamente así era, y que un animal vivía de veras en el elemento líquido.

Si su primer movimiento había sido de asombro, el segundo fue de compasión. Llamó al animalito que había visto en el agua, y éste, un lindo pejerrey, no se hizo rogar para venir a conversar un rato (todos saben cuánto les gustaba conversar a los pescados) y sacó afuera del agua su cabecita brillante.



Después de los saludos acostumbrados entre gente decente, doña Vizcacha le manifestó al pejerrey cuánto sentía ver a tan gentil caballero condenado a vivir de modo tan cruel.

—Vivir en el agua —decía—, ¡qué barbaridad!, en esa cosa tan fría. ¿Y cómo es que no se ahoga usted? ¿Y qué es lo que come? ¿Y dónde se aloja la familia? ¿Dónde está su cueva? Debe de ser una vida de grandes sufrimientos y de grandes penurias, ¿no es cierto? —le decía.

—Señora —le contestó el pejerrey—, agradezco el interés que usted me demuestra; pero no crea usted que lo pasamos tan mal en el agua. No somos de los peor servidos. El agua le parece fría; para nosotros es apenas fresca. Tenemos en ella abundante alimento. Pocos enemigos nos persiguen, y vivimos aquí muy bien, señora. Y dígame usted, ¿es cierto que vive en una cueva?

—¡Cómo no! —dijo la vizcacha.

—Esto, sí, debe ser penoso —interrumpió el pejerrey—. ¡Qué triste vida debe ser la suya!: vivir en oscuridad tan profunda. ¡No cambiaría con usted, señora!

Y zambulléndose, dejó a la vizcacha con cierta sospecha de que, para ser feliz, cada cual tiene que vivir en su elemento.

Los pavos y el pavo real

En un corral vivían unos cuantos pavos. Gente de poca idea, muy vanidosos, haciéndose los importantes y creyendo que merecen todo; se admiraban entre sí, aprobando siempre todos, con cloqueos entusiastas, cualquier pavada que dijese cualquiera de ellos, y bastaba que uno, hinchándose majestuosamente, dejase escapar un estornudo solemne, para que todos hicieran en coro: ¡glu, glu, glu, glu, glu!

Mal vestidos y presumidos, insaciables y de mal genio, buscaban camorra a quien no tuviera para ellos una admiración incondicional.

Les llegó un día de visita un pájaro, al parecer su pariente, pero mucho más elegante en sus modales, bien vestidos, aunque con cierta sencillez, con una cola mucho más larga que la de ellos, y un copetito brillante mucho más bonito que el horrible bonete violáceo que ellos tenían en la cabeza.

Empezaron, por supuesto, a mirarlo de reojo.

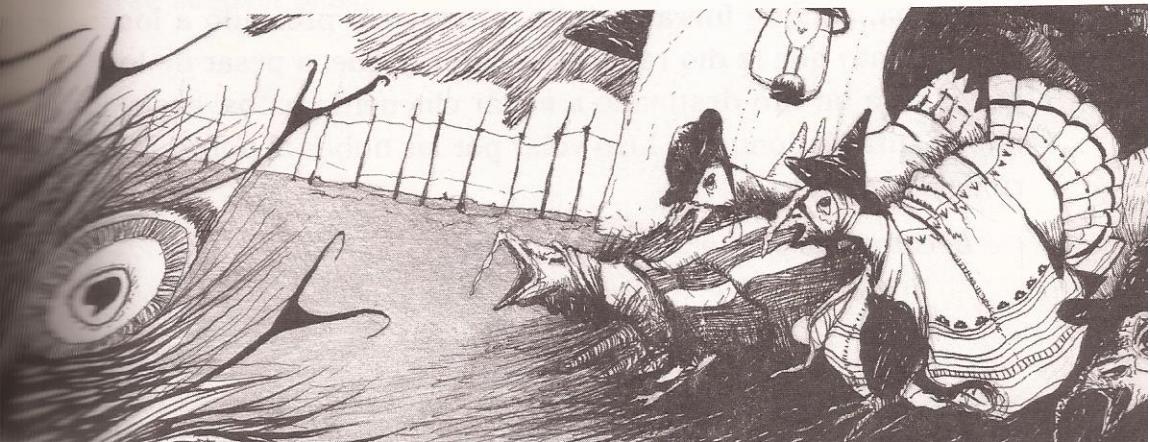
Saludó él con gracia: contestaron ellos con solemnidad y se entabló la conversación.

En lo mejor, el orador de los pavos, viendo que sus palabras producían poco efecto en el huésped, quiso hacerle una impresión irresistible y enseñarle que también ellos sabían ser bonitos; se puso tieso en las patas, estornudó fuerte y abrió la cola, y se le puso la cara azul y colorada.

Todos sus compañeros lo imitaron, y el pavo real quedó efectivamente estupefacto al ver tanta vanidad y tanta ignorancia. Quiso entonces enseñarles lo que realmente era digno de admiración, y ostentó, a su vez, el magnífico abanico de su cola.

Al ver, al comprender su inimitable superioridad, los pavos se juntaron, y en son de guerra, se abalanzaron para destrozar lo que no podían igualar.

El pavo real, alzando el vuelo, se asentó en lo alto del mullón y soltó la carcajada.



El terú-terú

El terú-terú, alegre, dispuesto, conversador, entrometido y burlón, lo mismo le hace los cuernos al gavilán que al buey, pero en la Pampa es amigo de todos. Su principal oficio es avisar a cualquier bicho de los peligro que corre o podría correr.

Si cruza un perro, solo, por el campo ¡pobre de él!

¡Los terús le dicen de todo, a la pasada! Ni las ganas de volver a pasar por allí le dejan.

Un día, a la madrugada, entre la neblina liviana que todavía flotaba encima del suelo húmedo de los bajos, se aproximaba despacio a una laguna, un mancarrón bichoco despuntando con los dientes las matitas de pasto salado. Daba algunos pasos, se paraba, volvía a caminar, hasta que se paró muy cerca de una bandada inmensa de patos dormidos en la orilla.

En aquel momento, con el primer rayo de sol apareció por detrás del mancarrón una escopeta larga, larguísima; parecía un fusil, o un cañón, capaz de no dejar vivo un solo pato de toda la bandada.

Ahí sonó el grito de alarma del terú-terú. “¡Terú-terú!” y los patos empezaron a levantar la cabeza; se agitaron, escucharon, miraron; “Terú-terú”; gritaba el guardián honorario de los campos, y la bandada se desparramó por el cielo dejando al cazador italiano protestando contra “ese maldito *pácaro de mizeria... hico de alguna matre desgraziata*”...

El terú-terú se reía y se burlaba del hombre: “¡Terú-terú!” celebraba, aunque fuera gratuito, el servicio prestado a los patos. Tanto que le dio rabia al cazador, y que, a pesar de lo que cuesta un tiro destinado a matar cincuenta patos, exclamó: “¡Santa Madonna!” e hizo volar por las nubes al pobre Terú descuartizado.

El comedido siempre sale malparado.

El trigo

Asomaba el sol primaveral, y bajo sus caricias iba madurando el trigal inmenso. Los granos hinchados, gruesos, pesados, apretados en la espiga rellena, hacían inclinar los tallos, débiles para tanta riqueza, y el trigal celebraba en murmullo suave su naciente prosperidad.

A sus pies, una vocecita también la alababa con entusiasmo. Era la oruga que, para probarle su sinceridad, atacaba con buen apetito sus tallos.

En eso llegó una bandada de palomas, y exclamaron todas: “¡Qué lindo está ese trigo!” y el trigal no podía menos que brindarles un opíparo festín, en pago de su excelente opinión.

Y vinieron también numerosos ratones, mal educados y brutales, pero bastante zalameros para que el trigal no pudiera evitar proporcionarles su parte.

Después vinieron, a millares, mistos graciosos, pero chilones y cargosos, que iban de un lado para otro, probando el grano y dando su apreciación encomiástica.

Y no faltaron gorriones y chingolos que, con el pretexto de librar al trigal de sus parásitos, lo iban saqueando.

Y cuando el trigo vio a lo lejos la espesa nube de la langosta que lo venía también a felicitar, se apresuró en madurar y en esconder el grano.

La prosperidad, a veces, trae consigo tantas amistades que se vuelven plaga.

El loro y el hornero

Un loro, de estos que con tal que hablen, les parece que dicen algo, y que piensan que se hacen entender mientras más gritan, iba por todas partes, diciendo que su nido estaba deshecho sin compostura y tan sucio que ya no se podía vivir en él.

El hornero, que tanto trabajo se da para edificar su casa, que siempre la va arreglando y limpiando, extrañaba que se pudiera hablar tan mal de su propio nido; y un día, le preguntó al loro por qué más bien no trataba de arreglar el suyo.

—Es que no tiene compostura, amigo —le contestó el loro—; no tiene remedio. Los loros somos así; ya que hemos hecho algo, lo destruimos; nuestra raza es ruin—, y siguió hablando en ese tono.

—Haces mal en hablar así de tu hogar y de los tuyos —le dijo el hornero—. Sería mejor, por cierto, no ensuciar, ni destruir tu nido; pero todo mal tiene compostura, menos para el que se figura que no la tiene. Ya que no puedes corregir los defectos de tu nido, escóndelos siquiera y no metas tanta bulla que lo único que logras es hacerlo conocer a todos.

Nunca debe pensar nadie, ni menos decirlo, que haya mejor casa, mejor familia, mejor patria que la propia.

El caballo asustadizo

Un caballo quería mucho a su amo; también éste lo quería mucho a él, porque era bueno y guapo, y siempre hubieran vivido en la más perfecta armonía, si el caballo no hubiera sido tan asustadizo.

Una rama meneada por el soplo de la brisa; un cuis disparando entre las pajas; un terú que de pasada lo rozase con el



ala; la sombra de una nube, el ladrido de un perro, el chiflido del viento, todo era pretexto para que se espantara, cortara huascas y disparara.

Un animal bueno, pero enloquecido por el miedo.

Un día, iba montado por su amo, ambos medio perdidos en los sueños que tan corridamente nacen, se desvanecen y se reuevan con el suave hamaqueo del galope, cuando de repente toparon con una osamenta colocada en el mismo medio de la senda que seguían y tapada por yuyos altos.

Fue cosa ligera: el caballo pegó una espantada tal, que volteó sin remedio al amo en la zanja y emprendió la carrera como perseguido por la misma osamenta. En la disparada loca, enceguecido por el miedo, sin tener otra idea que la de huir, huir lejos, huir siempre, puso la mano en una cueva de peludo y se mancó; se llevó por delante un alambrado de púa, dio vuelta de carnero, cayó del otro lado, torciéndose el pescuezo y lastimándose todo; cruzó cerca de un rancho, y los perros lo siguieron hasta morderle las patas; al querer escapar de ellos, atravesó a toda carrera un charco pantanoso donde pisó mal y se desortijó, y cuando por fin llegó, sin saber cómo, a las casas, manco, rengo, ensangrentado, medio descogotado, y sin el recado, sembrado por todas partes, el amo, furioso, le pegó una soba de mil rabias.

No hay peor consejero que el miedo, y a cualquier peligro, aunque no sea más que con bufidos, siempre hay que hacerle frente.

Las palomas

A las palomas, que son, como lo sabe cualquiera, de genio humilde y de pelaje gris y poco vistoso, se les ocurrió un día permitir a algunas de ellas (en recompensa no se sabe de qué

servicios) vestir un traje brillante y adornar su cabeza con plumas relucientes.

Estas palomas, admiradas por la muchedumbre, se volvieron orgullosas, batalladoras e imperiosas, y pronto formaron un bando que se atribuyó, entre otros, el privilegio de defender el palomar, si fuera atacado.

Las palomas comunes ya las empezaron a mirar con más recelo que admiración.

Otras, con el pretexto de contrarrestar los avances de estas guerreras, y para diferenciarse más de ellas, acordaron vestir un traje oscuro.

Y empezaron a exagerar la humildad de sus modales, la suavidad de sus conversaciones y su devoción a la Divinidad.

Muchas palomas comunes, las más ignorantes, se les juntaron, y lo mismo que las guerreras, aunque por otros medios, las palomas negras empezaron a querer dominar.

Hubo luchas, sangre derramada y lloraron los amores abandonados.

Pero lo peor de todo fue cuando se juntaron las dos castas, de traje oscuro y de traje brillante; y las palomas comunes no tuvieron entonces más remedio que de hacer toda una revolución para llegar a prohibir el uso de cualquier otro traje que el traje gris.

Concurso de belleza

Decidieron los animales abrir un concurso de belleza: se fijaron día y condiciones, y se publicó la lista de los premios ofrecidos.

El día señalado acudieron a la cita los candidatos; y los miembros del jurado comprobaron con sorpresa que todos los animales, sin excepción, se habían presentado para disputar el premio.

Empezaron a indagar los motivos de semejante unanimidad, pues les parecía que entre los competidores, algunos había que no podían ni remotamente contar con los sufragios de los jueces y que el jurado iba a tener un trabajo por demás ingrato.

Preguntaron, por ejemplo, al elefante, qué era lo que lo impulsaba a concurrir: "Por toda mi persona", contestó él. "El conjunto y los detalles: mi masa imponente; mi trompa tan larga y tan elegante; mi cuero tan rugoso que no hay otro igual; y mi colita tan bonita, y mis ojos tan pequeños, y mis orejas tan anchas".

Todo lo que era de él le parecía bonito. Y lo mismo pasó con los demás, sin contar que a los jurados nunca le parecía digno de mayor aprecio lo que a cada cual de los competidores más le agradase. El pavo real, por cierto, era orgulloso del esplendor de su cola, pero, más que todo, recomendó a los jueces la suavidad de su canto; el perro ñato ponderó lo chato de su hocico, lo mismo que el elefante había elogiado lo largo de su trompa, y el zorro no dejó de llamar la atención sobre lo puntiaguda que era su nariz, asegurando que esto era el verdadero colmo de la belleza.

El aveSTRUZ quería que todos admirasen lo corto de sus orejas, y el burro sacudía las suyas para hacer valer su tamaño. Tanto que el jurado tuvo que aplazar el concurso hasta que entrase un poco de juicio en las cabezas; como quien dice: "por tiempo indeterminado".



El zorro y el aveSTRUZ

El zorro había pasado la noche, de agregado, en una vizcachera. Los huéspedes que lo habían alojado poco suelen carnear, y, como a este caballero la verdura no le gusta, estaba en ayunas y se disponía a dar una vuelta, a ver si cazaba alguna perdiz o cualquier otra cosa.

Al asomar el hocico divisó entre las pajas, brillantes aún de rocío, una bandada de charitas que jugueteaban. Sus ojos echaron chispas y se relamió el hocico; pero viendo que también estaban los padres, volvió a esconder la lengua.

Es que el aveSTRUZ es terrible cuando tiene pichones y que bien sabe el zorro que no es tarea fácil el cazarlos.

Con todo, se fue avanzando despacio, estirando entre las matas de paja la panza hueca, hasta muy cerca de las charas, y ya calculaba el brinco que iba a pegar, cuando el macho, viéndolo, se abalanzó sobre él, mientras la madre arreaba a su prole, aleteando y silbando.

Al zorro le hubiera gustado huir, pero no tuvo tiempo; en cuatro trancos, el aveSTRUZ había estado encima de él, pegándole patadas. Lo mejor, en este trance, era hacerse el muerto, y recibir con toda filosofía las zancadas que no se podían evitar ni devolver, y reflexionando el zorro que, si se mueve, el otro lo mata de veras, quedó tan inmóvil que el aveSTRUZ lo creyó muerto y fue a juntarse con la familia. Medio abombado por los golpes, el zorro quedó tendido, esperando un momento favorable para apretarse el gorro, cuando vio que poco a poco volvía a acercarse a él la bandada de charas. Cerró los ojos y quedó tieso. El sol empezaba a calentar y las moscas vinieron a cerciorarse de si era cadáver o no. Los charas al ver las moscas, corrieron ávidos hacia él, y el padre les dejó ir, impidiendo que la madre, todavía inquieta, los detuviera, pues experimentaba cierta satisfacción de que vieran de

cerca sus hijos al muerto que él había hecho en defensa de ellos.

De repente saltó el finado, agarró un chara y se lo llevó disparando hasta la vizcachera, alcanzando sólo el aveSTRUZ a darse cuenta de la catástrofe cuando no podía más que patlear de rabia en la boca de la cueva.

Si se descuidan con ellos, hay pillos capaces de llevarse robado, después de muertos, hasta el cajón fúnebre.

El caracol

Siempre trae consigo la vejez muchos desperfectos en los seres, y los mismos caracoles no pueden escapar a esa ley de la naturaleza. Un caracol viejo se arrastraba penosamente. Estirando los cuernos para buscar su camino, hacía con el pescuezo esfuerzos inauditos para llegar, llevando encima su casa, hasta una hoja de parra donde pensaba almorzar.

Más que todo, parecía causarle gran dolencia una abolladura, cicatrizada pero ancha y profunda, que tenía en la cáscara, y que forzosamente le tenía que apretar en parte el cuerpo.

Unos caracolitos que lo estaban mirando, buenos muchachos, pero de poca reflexión, como casi todos los caracolitos, le dijeron al pasar:

—Pero, padre caracol, ¿por qué no cambia usted su cáscara por una nueva? Le debe hacer sufrir mucho esa abolladura que tiene.

—Hijitos —les contestó—, esta abolladura, es cierto, afea mucho mi casa y me hace sufrir bastante; pero cambiar sería pe-

or, y hasta creo que el desgarro que me causaría la mudanza me sería fatal.

En casa vieja todas son goteras, pero en casa nueva los viejos poco duran.

El tigre y sus proveedores

El tigre, como se encontraba indispuesto, tuvo que apelar, para poder comer carne de ave como se lo había mandado el médico, a los buenos oficios de los pájaros cazadores. El cóndor pronto le trajo una pava gorda; después, el gavilán le trajo una martineta; el carancho se quiso lucir y también le trajo un pollo.

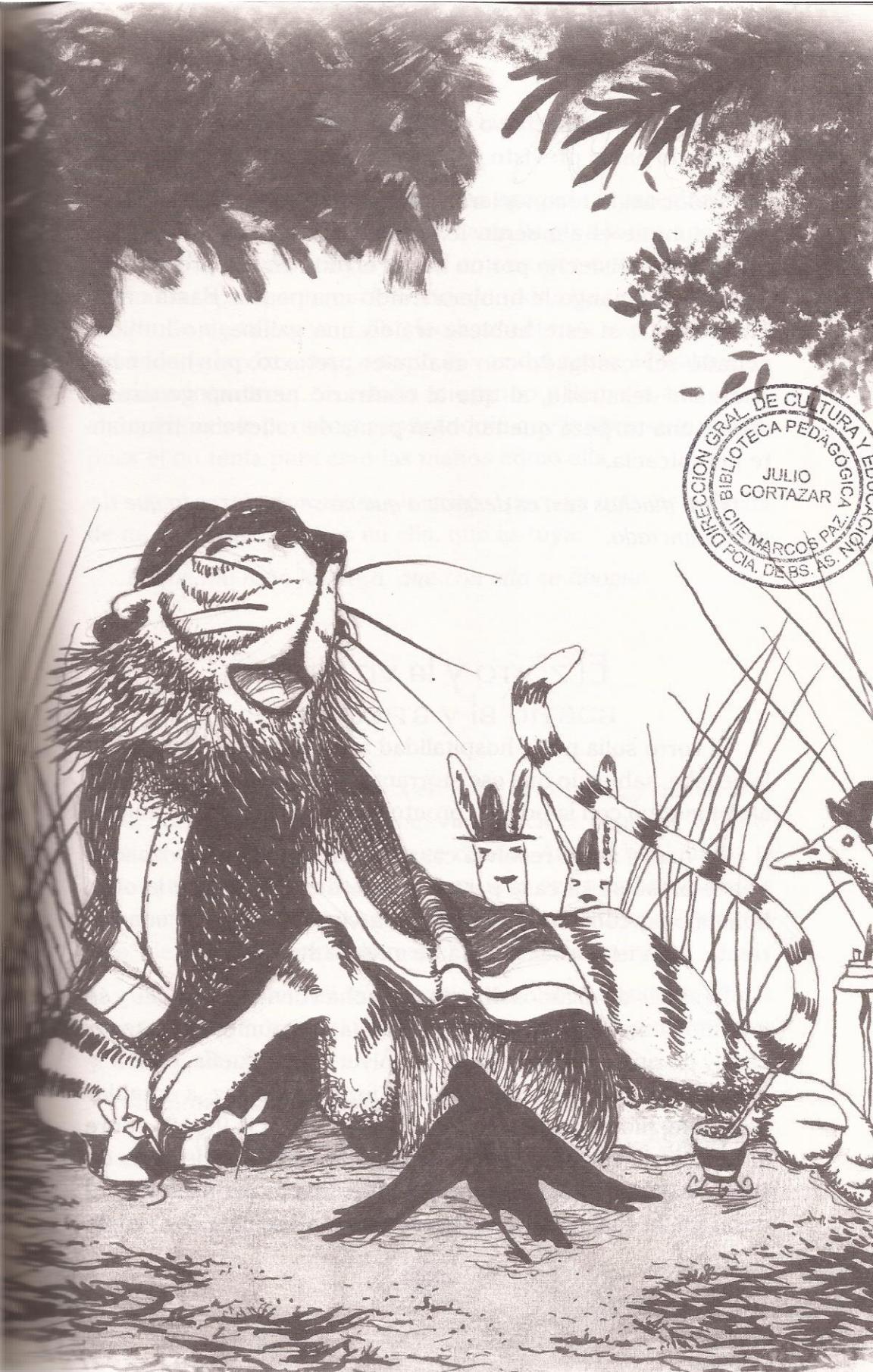
El chimango, que no quería ser menos, reclamó su turno y se aprontó también para salir a cazar. Cuando lo supo, el tigre frunció la ceja y dijo que era una barbaridad contar con semejante infeliz para tener carne fresca. No había duda, decía, de que ese día él no iba a comer, y se iba a enfermar más, y que era cosa de enojarse ver a semejante comedido meterse en lo que no sabía hacer.

—Si algo trae, seguro que va a ser carne podrida, pues es lo que más le gusta a él. Y si por casualidad es una presa viva, va a ser algún chingolo que ni alcanzará a llenar la muela que tengo picada. Pero, ni esto. No va a traer nada, nada, seguramente; y no tendré más remedio que comérmelo a él.

El chimango no quiso desistir, a pesar de todo, ni ceder su turno; se fue no más.

—Nada, nada va a traer, verán —insistió su majestad.

Y efectivamente volvió el chimango sin nada en las garras y sin nada en el pico; todo avergonzado y temblando al pensar en la ira terrible del tirano.



—Pero ¿no les decía yo —exclamó éste—, que no traería nada? ¿No lo había previsto yo? ¿No lo había previsto? Digan.

Todos así lo reconocieron, alabando el acierto del monarca; y aunque el almuerzo le hubiera fallado, quedó el tigre quizá más satisfecho por no haber errado en sus previsiones que si el chimango le hubiera traído una perdiz. Hasta creen muchos que si éste hubiese traído una gallina, no hubiera evitado ser castigado con cualquier pretexto, por haber hecho salir desairado, al que al contrario perdonó generosamente una torpeza que tan bien ponía de relieve su triunfante perspicacia.

Para muchos casi es desgracia que no se produzca la que tienen anunciada.

El zorro y la vizcacha

El zorro solía pedir hospitalidad a la vizcacha; y ésta no se la negaba, sabiendo que ese atorrante, siempre distanciado por algún motivo con la policía, pronto tenía que mandarse mudar.

Un día, el zorro resolvió casarse. Fue a pedir a la vizcacha que le prestase su casa para la noche de las bodas; y la otra, bonachona, consintió, pasándose a vivir en casa de una parenta, para no turbar la luna de miel de su huésped.

Después de algunos días, la vizcacha volvió a su hogar y se lo pidió al zorro; pero éste ya se había acostumbrado a tener casa y no quiso saber nada de devolverla a su dueña. La vizcacha no tuvo más remedio que ir al juzgado de paz, a entablar demanda, pidiendo el desalojo. Pero no se hacía ilusión sobre el éxito de la cuestión, sabiendo de antemano que después de años de gastar plata, tiempo y saliva, cuando consiguiera el desalojo, la casa estaría completamente destruida. Así, triste

andaba de noche, merodeando por las cercanías de lo que había sido su domicilio.

Una noche, oyó como lamentos apagados: parecían salir de la tierra. Se acercó más y más, hasta llegar a la entrada principal, y vio que durante el día, el colono que ocupaba el campo, había tapado con mucho cuidado todas las bocas. Del mismo fondo de la cueva salía efectivamente un vago rumor de gemidos, y la vizcacha conoció la voz del zorro. Lloraba éste de rabia impotente. Se estaba ahogando y llamaba a la vizcacha, pidiéndole perdón y suplicándole que le abriese la cueva, pues él no tenía para esto las manos como ella.

—Aquí estoy, don zorro —le gritó—, pero ya que me echaste de mi casa, quédate vos en ella, que es tuya.

El que me robe la presa, que con ella se ahogue.

La cotorra y la urraca

Estaba de visita la urraca en lo de la cotorra, y como, desde el día anterior, no se habían visto, fácil es suponer la cantidad de cosas que se tenían que contar. Ambas hablaban a la vez, para aprovechar mejor el tiempo, y se apuraban tanto en chacharear que casi no se entendían. Pero esto era lo de menos, siendo lo principal mover el pico sin descanso.

Cuando estaban en lo mejor de una historia que contaba la urraca sobre la hija del vecino, llegó la sirvienta de la cotorra y le dijo, alarmada:

—Señora, ¡está llorando la chica!

—¡Oh!—Exclamó la cotorra —¡qué fastidio! Bueno, ya voy, ya voy.

Y se quedó escuchando hasta el fin el interesante cuento de la urraca sobre la hija del vecino.

El chancho gordo

Un cerdo a medio cebar no tenía más que gruñir un rato para que al momento viniera un peón con dos baldes llenos de suero, una ración de afrecho y otra de maíz, sin contar algunos zapallos y restos de cocina. Con la panza siempre llena y nada que hacer sino dormir, el excelente animal se consideraba feliz y ni siquiera tenía el tino de no pedir más.

Era en invierno. La sequía y las grandes heladas dejaron los campos en muy mal estado: a tal punto que los caballos, lo mismo que las vacas y las ovejas, estaban sumamente flacos, parecían esqueletos caminando.

Se quejaban, pues, de su mala suerte y no teniendo que comer, se lo pasaban maldiciendo del hombre, su amo, que no se acordaba de ellos y los dejaba abandonados, sin hacer nada en su favor; y no dejaban de mirar con envidia al cerdo a quien no se le mezquinaba la comida.

El cerdo los escuchaba y sin dejar de moler maíz y de chupar con avidez la leche espesada con afrecho, murmuraba con profundo desprecio... y algo de inquietud:

—¡Gente envidiosa, que nunca está contenta! ¡Socialistas!

Flores quemadas

El fuego devastador había pasado por allí, arrasando todo y dejando en lugar de la lozana y tupida vegetación, una extensa mancha negra, de aspecto fúnebre.

La oveja, asimismo, a los pocos días, ya empezaba a recorrer el campo quemado, encontrando entre los troncos calcí-

nados de las pajas brotes verdes que saboreaba con tanto mayor deleite, cuanto más tiernos era.

Alcanzaba así a saciar su hambre con relativa facilidad y pensaba que las quemazones no son, por fin, tan temibles como lo suelen ponderar algunos.

Justamente encontró a la mariposa que andaba revoloteando por todos lados, triste como alma en pena buscando flores y lamentando el terrible desastre causado por el fuego.

La oveja se echó a reír, encontrando peregrina esta idea de llorar por las flores, cuando con sólo dos noches de rocío volvía a crecer el pasto con tanta fuerza.

—Ciento es que las flores son bonitas —dijo—, con sus colores tan variados y su perfume tan suave; pero aunque me guste también comerlas porque dan más sabor al pasto, creo que muy bien puede uno pasarlo sin ellas, y que no porque falten, se debe dejar de comer ni deshacer en llanto.

—¡Ay! —contestó la mariposa—. El pasto volverá a crecer seguramente y las ovejas a llenarse; pero las flores, ellas no volverán en todo el año con sus colores hermosos y su delicioso perfume; siempre habrá de comer para la hacienda, pero no ya para las mariposas.

La mulita indiscreta

Al pasar de noche cerca de la cueva de unos peludos, una mulita oyó el ruido de la conversación, y como es bastante curiosa, se acercó despacio y paró la oreja para escuchar mejor. Primer no oyó más que el murmullo confuso del cuchicheo; y pensó que no debían hablar de religión ni de política, pues parecían muy sosegados; concentró su atención y empezó a dis-

tinguir las palabras cuando comprendió que de ella misma y de su familia se trataba.

Pensó, pues parecen ser bastante amigos, aunque parientes, los peludos con las mulitas, que estarían haciendo su elogio, y ya se preparó a saborear alabanzas que tanto mayor valor tendrían, cuanto más sinceras tenían que ser.

Había vivido poco, ignorando todavía que lo mejor que les puede suceder a los ausentes, es que no se acuerde nadie de ellos, y prestando más y más el oído, oyó que uno tras otro, como frailes en responso, a los peludos que cantaban sus glorias y las de su familia, pero de singular modo: sin dejar un vicio, un defecto, un ridículo, que no atribuyeran a ella o a alguno de sus más queridos deudos. Oyó cosas terribles, que nunca se hubiera pensado que pudiesen salir de la boca más odiada, invenciones pestilenciales, calumnias ponzoñosas, péridas exageraciones y restricciones peores, alegres votos de muerte, de ruina, de deshonra para ella y para los suyos; y se fue corriendo a su cueva, a contarlo todo a su madre, aniquilada por el dolor de haber oído tamañas cosas.

—¡Bien hecho! —le dijo la madre—, bien hecho, por indiscreta. Guarda tu oído de las rendijas, pues no acostumbran ellas cantar alabanzas ni tampoco tienen para qué guardar la boca.

¡Ay del hombre solo!

Cazadores de todas clases hacían estragos entre los bichos silvestres de la Pampa. Unos con escopetas mataban a larga distancia perdices, patos y palomas; otros con boleadoras perseguían al aveSTRUZ y al venado; las mulitas y los peludos, en las noches de luna, eran degollados por centenares; no escapaba ningún animal de ser víctima de la codicia o sólo del instinto destructor del hombre.

Formaron una sociedad para tratar de aminorar sus males, y cada uno de los socios se comprometió a avisar a los demás por señales apropiadas a sus medios, de cualquier peligro de que tuviera noticia.

Por cierto que esto no impidió del todo la matanza, pues siempre hay incautos o malévolos, pero la hizo disminuir en grandes proporciones.

Al mirasol le propusieron entrar en la sociedad; pero no quiso él. Alegó que no tenía enemigos; que sus relaciones con el sol lo elevaban demasiado encima de los demás habitantes de la tierra, para que pudiera rebajarse a ser un simple miembro de cualquier asociación; que su género de vida, puramente contemplativa, no admitía que se pudiese molestar en avisar a los demás de peligros que para él no existían; que no podía desprender su atención ni un momento de la adoración perpetua del astro del día, al cual había consagrado su vida; y que por fin, siendo él de una flacura tan extrema, la misma muerte temería mellar su guadaña en sus huesos y no corría personalmente ni el más remoto riesgo de incitar la codicia de los cazadores. En vano el venado, persona muy prudente, le hizo observar que nadie en este mundo puede guarecerse a la sombra de su propio cuerpo; opuso al mirasol invencibles argumentos sobre su egoísmo.

Pero sucedió que entró la moda entre las mujeres, de llevar de adorno plumas en la cabeza, y particularmente copetes delgados y finos. Pronto se les ocurrió a los cazadores que el copetito blanco del mirasol era lo más apropiado para el objeto; y la matanza empezó.

¿A quién hubiera podido ser más útil el aviso del peligro que a este eterno soñador cuya vista siempre queda perdida en las regiones etéreas y que parece olvidarse de que la tierra existe?

No se había querido dar por solitario de sus semejantes; y dejaron éstos, indiferentes, que perdiera la vida.

Cada uno, en este mundo, de todos necesita.

El gato blanco

Un gato blanco se sentía orgulloso por su magnífico pelaje. Todos lo admiraban y sus amos lo cuidaban con todo esmero y en medio de la abundancia.

Pero le sucedió lo que a muchos; los amos, en una mudanza, lo dejaron olvidado, y tuvo que andar vagando y rebuscarse la vida. Quiso hacer lo mismo que los demás gatos pobres y cazar ratones, lauchas y pájaros para mantenerse; pero nunca podía agarrar nada, a pesar de no ser de los más torpes, sin explicarse el porqué de su poca suerte.

Un gato gris, hábil y afortunado al punto de no envidiar a sus semejantes, descubrió el secreto de su mala fortuna y le aconsejó que para encontrar comida en cualquier parte, debía rebajar un poco el brillo de su traje; que se revolcara en el polvo, porque por su pelaje blanco, los ratones, las lauchas y los pájaros lo veían venir de lejos y se escondían o se mandaban mudar. Estas eran las razones por las que no cazaba nada.

—No sienta bien un traje demasiado vistoso al que tiene que vivir de su trabajo, —agregó el gato callejero.

La gran conejera

Parecían haberse olvidado los conejos de que los repollos y las zanahorias no crecen en la conejera; y se habían amontonado en ella, cavando cada día más cuevas, y encontrando la vida cada día más difícil. Como nadie se ocupaba de sembrar ni de plantar, los precios de los alimentos habían subido enormemente, y a pesar de cavarse cuevas y más cuevas, éstas no alcanzaban para la población siempre creciente.



te de la conejera, y los precios de los alquileres estaban por las nubes.

Todo estaba repleto, desbordaba; siempre había que fundar más escuelas, crear más hospitales, abrir nuevas vías. Las autoridades inventaron impuestos nuevos y perjudiciales al desarrollo de la fortuna pública, y como se quejaban muchos de que no había trabajo para ellos, la miseria era grande, y pocos eran los que alcanzaban a satisfacer su apetito.

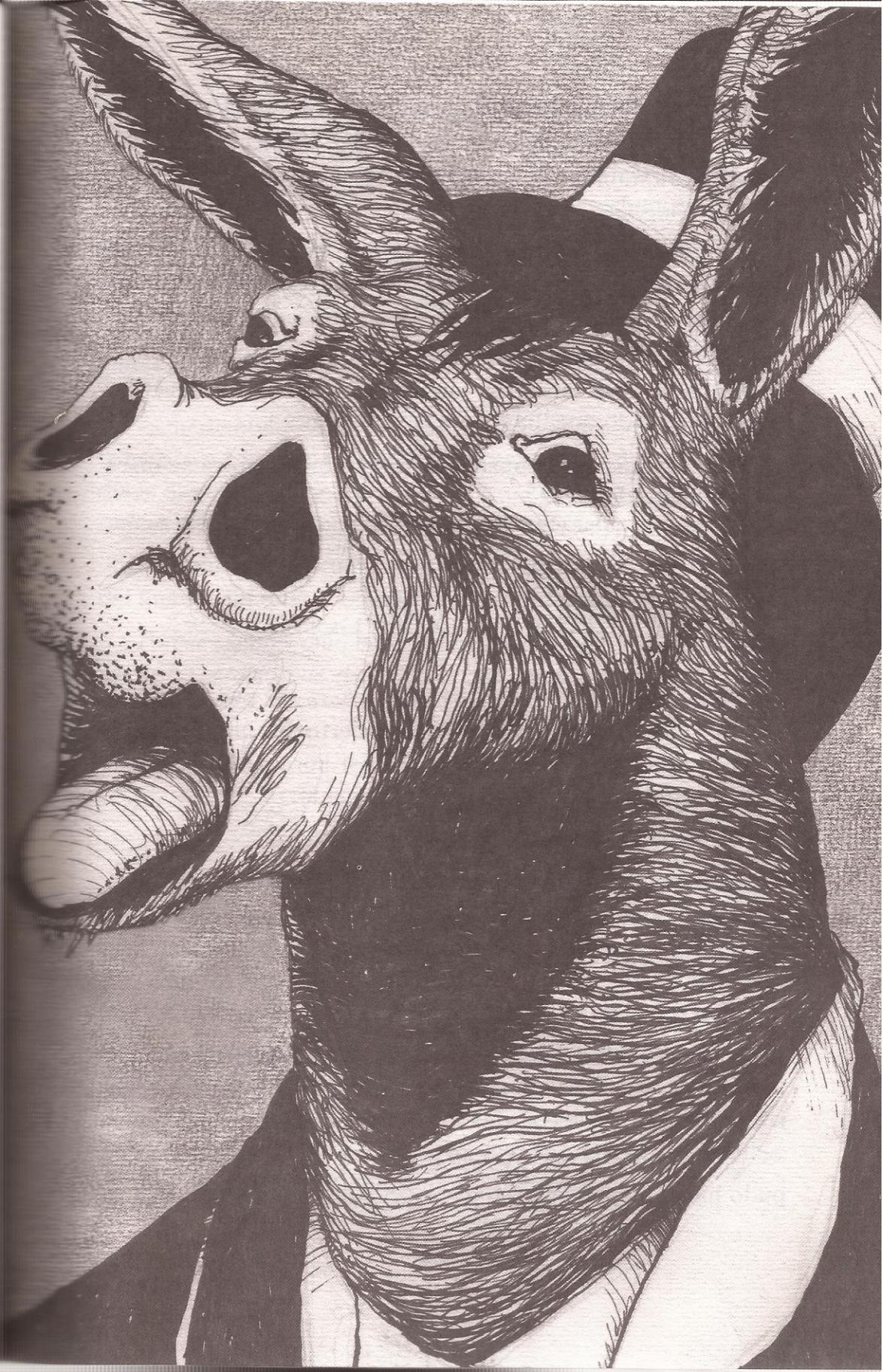
La situación era lo más tirante, y hasta se podían producir disturbios graves, cuando un conejo de genio, iluminado sin duda por una luz divina, se acordó que fuera de la conejera había campos inmensos, despoblados y fértiles, donde la vida abundante quedaría asegurada para cualquier número de conejos que fueran allá a plantar repollos y sembrar zanahorias.

Convenció a las autoridades; éstas dejaron por un momento de atormentar su imaginación exhausta, y en vez de seguir buscando nuevas fuentes de impuestos, a cada conejo que quisiese ir a plantar repollos le regalaron una pequeña área de tierra desierta.

La abundancia renació como por encanto, y hasta los que quedaron en la conejera tuvieron con qué comer a sus anchas, pues los que de ella habían salido producían para comer, vender, dar, prestar y tirar.

Interesante sesión

No se sabe muy bien por qué fue, pero una parte de los animales resolvió protestar enérgicamente contra su gobierno, y se llamó a una gran reunión para cambiar ideas, elaborar programas y echar, por fin, si cuajaba, las bases de alguna revolucioncita, aunque no fuera más que para pasar un rato.



La reunión fue numerosa con muchos oradores; enérgicos, unos; o imperiosos, insinuantes, otros; o irónicos, y también fastidiosos, trataron de hacerse oír, pero les era imposible dominar el tumulto.

El burro, en ese trance, pensó que sólo él podría imponer su voz y que esto seguramente lo haría elegir jefe del nuevo partido.

Subió, pues, a la tribuna; frunció las cejas, paró las orejas, tomó una actitud tan seria, tan imponente, tan doctoral, que todos, creyendo que iba a rugir, se callaron.

No hizo más que rebuznar. Entonces la asamblea se disolvió en medio de risas.

El entierro del perro

Dicen que no hay como ser finado para ser bueno. Un perro muy querido de sus amos había muerto: los niños de la familia lo enterraron en el jardín, y casi lloraban al recordar unos a otros todas las cualidades del finado.

—¡Qué bien cuidaba la casa! —dijo uno.

—¡Tan valiente que era! —contestó otro.

—Tan fiel.

—¡Tan bueno!

—Tan obediente.

Y mientras deshilaban ese rosario de alabanzas, el hijo del jardinero se acordaba que con el pretexto de cuidar la casa, el perro lo había mordido en la mano, sin la menor provocación.

Una lechuza al oír que trataban de valiente al muerto, no pudo hacer menos que reírse, acordándose que un día ella lo

había asustado con sólo rozarlo a la pasada, corriéndolo después a gritos, un gran trecho.

—¡Fiel! —pensaba el gato, encogiéndose de hombros— ¡cuando le daban de comer! —y muy bien se acordaba que el perro se había quedado todo un día en casa del vecino, por haber sido agasajado con un pedazo de carne.

—¿Bueno, él?— se dijo con asombro una oveja. Es que nunca supieron quién mató el cordero que una vez encontraron destrozado.

—¡Obediente! ¡Qué rico! —cacareó la gallina—. Sí, cuando lo llamaban a comer; pero cuántas veces, a pesar del reto que un día le dieron, a mí me robó los huevos. Es cierto que desde entonces, se sabía esconder bien para comérselos.

Sin embargo los niños siguieron celebrando las virtudes del finado, sin querer oír nada de sus defectos.

Porque siempre dura más, y por suerte, el recuerdo de lo bueno que se ha perdido, que el del mal que ha dejado de causar dolencia.

El chajá y los patos

Una bandada de patos estaba a punto de volar para otros pagos. Unos querían ir al sur, diciendo que en vista de la estación calurosa que se acercaba, se estaría mucho mejor allá, con grandes lagos siempre llenos de agua, aun en los días más fuertes del verano.

Otros porfiaban que, acercándose la cosecha del trigo, era mucho mejor irse al norte, a Santa Fe, donde, según habían leído en los diarios, hay inmensos sembrados; allá se podría anidar y empollar en las mejores condiciones, por la abundancia de grano que siempre queda en los rastrojos.

Ambas partes daban excelentes razones a favor de su opinión, pero ninguna podía convencer a la otra, probando una vez más que, aunque digan, toda discusión es inútil entre gente de opinión contraria.

Por suerte apareció por el cañadón un chajá, y los patos convinieron en someterle el caso, comprometiéndose cada bando a acatar su laudo sin más trámite. Los patos que querían irse al sur, se acercaron los primeros, y después de saludar al chajá, le dijeron:

—¿No es cierto, señor chajá, que es al sur a donde debemos ir?

—¡Chajá, chajá! —contestó sin vacilar el interpelado, y con un tono de convicción que no admitía réplica. Los patos, agradecidos, se pusieron en marcha con rumbo al sur, gritando a los compañeros:

—¿No ven?

Pero los que querían ir al norte los dejaron salir solos y preguntaron también al chajá:

—¿No es cierto, señor chajá, que es al norte a donde debemos ir?

—¡Chajá, chajá! —volvió a gritar el chajá con la misma convicción, y los patos se fueron al norte persuadidos de que el chajá les daba la razón.

El chajá, muy prudente, había sabido evitar compromisos y quedar bien con todos.

Cóndor y chingolo

El cóndor en su poderoso vuelo remontó a la cima de la montaña, se asentó en ella, torció su horrible pescuezo des-

plumado y recorriendo todo el horizonte con una orgullosa ojeada, exclamó:

—¡Yo, cóndor, soy el centro del orbe!

Un gavilán, amodorrado en la punta de un poste del telégrafo en plena pampa, contemplaba entre los párpados a medio cerrar, el horizonte lejano que por todas partes a igual distancia lo envolvía, y despertándose, también exclamó: —¡Yo, gavilán, soy el centro del orbe!

Pero también el carancho, asentado en la cima de un sauce, viendo el horizonte amplio de la llanura extenderse por igual trecho a todos lados, gritó:

—¡El centro del orbe soy yo, carancho!

El chimango, mientras tanto, dejó durante un rato de rascarse los piojos para cerciorarse desde lo alto de un poste del corral, de que, sin la menor duda el centro del orbe era él, pues no había más que fijarse en el horizonte para comprobar el hecho. Y tanto se convenció de que así era, que se lo dijo al chingolo.

Pero el chingolo, que no tiene ni una pluma de zonzo, no se la quiso tragar sin ver; voló para arriba, hasta lo más alto que le fue posible, y cuando volvió a bajar, le gritó al chimango:

—¡Mentira, el centro del orbe soy yo, bien lo acabo de ver!

Es que no hay pájaro en este mundo, por chico que sea, que no crea ser el eje de alguna cosa.

La vizcacha inexperta

Criticando, y con mucha razón, a sus padres, que pudiendo hacerla grande y cómoda, pues para ello habían tenido campo a discreción, habían cavado una vizcachera que no alcanzaba para toda la familia, una vizcacha joven y entusiasta del progre-

so exclamaba: “¡Pero si es una barbaridad!, haber hecho tan pocos cuartos, tan pequeños, con puertas tan angostas que no puede uno pasar sino de sesgo. Los zaguanes parecen hechos en terreno dado de limosna, y es preciso haber tenido poca previsión para no pensar en que algún día la familia aumentaría. Yo, cuando me establezca, voy a cavar una vizcachera tan grande que ni en todo un siglo la van a llenar mis descendientes”.

Así hizo. Una vez casada, empezó a cavar una cueva inmensa, con bocas muy grandes por todos lados, zaguanes anchos como para pasar tres vizcachas de frente, cuartos enormes, y en tal cantidad que hubieran cabido diez familias de vizcachas, con todos sus trastos y los mil cachivaches inútiles que suele amontonar ese animal.

Y lo bueno fue que nuestra vizcacha no tuvo hijos, de modo que parecía cementerio ese gran caserón vacío. Nada más que para tenerlo limpio, se hubiera necesitado una multitud de sirvientes, y pronto se cansó de tanto trabajo. Se tuvo que limitar a vivir en cuatro de las piezas más reducidas y abandonó el resto de la cueva. No faltaron entonces alimañas de todas clases para apoderarse de lo que quedaba desocupado; atorranteros y vagos, gente de dudosas costumbres, bullangueros y ladrones, sucios y de mal vivir, que eran un peligro constante para la dueña de la cueva.

No prever ciertas necesidades del porvenir es malo; pero anticiparse a ellas sin cordura, es peor.

Amor sincero

La nutria, con incontrastable emoción, se había fijado en que el terú-terú, cada vez que ella salía del agua y empezaba a cavar en la orilla del cañadón, para buscar raíces o por cualquier otro motivo, se venía disparando para estar a su lado. Le

hacía mil saludos, estirando el pescuezo y moviendo la cabeza como títere, gritando de alegría y no dejándola ni un rato, mientras quedaba ella en tierra firme.

No tenía ni la menor duda de ser la dueña absoluta del corazón del terú-terú, y pensaba que si él no se había todavía declarado, sólo se debía a su timidez.

Cuando la nutria volvía a zambullirse, el terú volaba hasta la loma más próxima, donde vivía otra gran amiga suya, la vizcacha. Y allí se quedaba, cerca de la cueva, esperando la oración, hora en que salía la vizcacha a tomar el fresco, a comer y a cavar la tierra. Cuando empezaba ella su trabajo, la rodeaba de atenciones, rascando también el suelo, como para ayudarla, diciéndole mil cosas, haciéndole la corte.

Pero un día, la nutria lo sorprendió; no pudo dejar de manifestarle su despecho; y requirió que él declarase a cuál de ellas prefería.

El terú tuvo que confesar que a ninguna de las dos, y que sólo apreciaba como era debido la fineza que para con él tenían ambas cuando al escarbar la tierra le proporcionaban gusanos de todas clases: la nutria en los bajos húmedos y la vizcacha en la loma.

Dicen que la boca da besos a la cuchara, pero no son de amor.

El hornero y la paloma

Una paloma doméstica alababa su habitación, tan cómoda y tan abrigada y hasta con nidos hechos de antemano. El agua, la comida abundante y variada, allí nada le faltaba, y sin trabajo casi, podía pasar en su casa la vida más feliz y más tranquila.

Entre los que la escuchaban estaba el hornero, ese pájaro tan modesto en el vestir, tan hábil y tan asiduo en el trabajo,

de costumbres tan sencillas y tan francas, que nunca pide nada a nadie y todo lo espera de sí mismo, y cuya risa sonora tan lindamente celebra sus alegrías, y qué abiertamente se burla de las necesidades del prójimo. Y con riesgo de escandalizar a los que con los ojos redondos de admiración quedaban considerando a la paloma como un ser digno de envidia, se rió a carcajadas de lo que ella decía.

Él, dijo, no tenía más que una casita de barro, edificada con mucho trabajo en un poste del telégrafo, y que siempre necesitaba arreglos; a veces tenía que ir lejos a buscar los materiales; nadie, por supuesto, pensaba en prepararle la comida y vivía de lo que encontraba por allí. Tenía que formar nido para sus pichones y no podía costear sirvienta, ni cuando su señora estaba empollando; y asimismo no cambiaría, decía, su suerte por la de esta pobre paloma con su vivienda edificada a todo costo y con todas las comodidades de que la rodeaba el hombre.

“Mi casa es un rancho, agregó, pero el rancho es mío; no viene el dueño de casa a apoderarse de mis pichones, como si fuesen de él, con el pretexto de que da de comer a los padres”.

“Del palacio ajeno que a tan alto precio arrienda la pobre esclava, la echarán cuando quieran; mientras defenderé yo, dueño, hasta la muerte, mi pobre rancho de barro”, concluyó el hornero.

Las colmenas

En el fondo de un jardín había tres colmenas, cuyas abejas trabajaban con igual empeño, pero no con igual éxito, sencillamente por estar una de las colmenas un poco más al reparo del sol y del viento que las otras.

Los tres enjambres eran del mismo origen, y todas las abejas parientas; pero no por esto se ayudaban de colmena a colmena, y cada familia trabajaba sola para sí, con guiñadas de envidia, más bien que de cariño, a las vecinas.

Una primavera de muchas flores, la colmena mejor situada se apresuró a desparramar en los alrededores su ejército de obreras y dio tal empuje a los trabajos, que se llenó de miel hasta más no poder, afirmando victoriamente su ya afamada prosperidad.

No pudo hacer lo mismo la que estaba a su lado, porque, no siendo su exposición tan favorable, no tuvo bastante calor para apresurar el nacimiento de sus obreras; y cuando éstas ya pudieron salir, las flores escaseaban. Apenas se pudo juntar en esa colmena bastante miel para evitar el hambre durante el invierno, y las abejas de la colmena rica, al ver a sus vecinas cabizbajas y flacas, pronto dieron a conocer su indiscreta alegría; no tanto su propia prosperidad, como la desgracia ajena, las llenaba de gozo.

Y quizá se mueren de tristeza las abejas pobres al ver al otro lado, completamente arruinada, la tercera colmena, con sus habitantes muriéndose de necesidad, lo que fue para ellas el gran consuelo que les permitió sobrellevar su propia pobreza.

No hay peor enemigo que el de tu oficio.

El escarabajo y el picaflor

Cada uno, en este mundo, tiene su modo de ser, sus cualidades y sus defectos. El escarabajo es útil, el picaflor es bonito.

Pero el escarabajo no se contentaba con ser útil y que se tuviera consideración por su trabajo; envidiaba al picaflor, de

quién todos ponderaban la gracia y la gentileza, la hermosura y el brillante plumaje; por eso, no perdía ocasión de rebajar los méritos del pajarillo, creyendo seguramente así ensalzar los propios. Todo lo que hacía el picaflor era criticado por el escarabajo, y hasta sus buenas acciones eran dictadas, al oírle, por la vanidad o por el interés.

—Es un haragán presumido; incapaz de trabajar. Saquea a las flores, pero no sabe hacer miel. Bien mirado, no sirve para nada. Dicen que es bonito; será, pero no piensa sino en lucirse y acaba por dar rabia el ver a ese atolondrado andar de flor en flor, festejándolas a todas y haciéndose el delicado hasta no tocarlas sino con la punta del pico. Yo no soy así; siempre trabajo calladito, sin tratar de lucirme más que por mis esfuerzos en llevar a cabo mi ruda tarea de estercolero. Pero también todo el mundo sabe cuánto más vale un escarabajo que un picaflor.

Y así lo creía él.

La lechuza y el zorro

Durante una ausencia de la lechuza, el zorro le comió los huevos. Al volver a la cueva donde tenía el nido, hizo mil conjecturas sobre quién podría haber sido. El lagarto era sospechoso y también la comadreja; el zorrino era muy capaz y el hurón bastante aficionado; varios otros bichos había a cual más ladrón y para quienes especialmente los huevos eran un manjar predilecto, y la pobre lechuza, deplorando su descuido, no sabía a quién echar la culpa.

No dejó de cruzar por su mente dolorida como una fugitiva idea que bien podía ser el zorro, pero la rechazó casi con

indignación contra sí misma, al acordarse que el zorro era su propio compadre, y aunque algunos le aseguraron que era un gran cachafaz, no lo quiso creer capaz de semejante fechoría.

Y lo consultó, al contrario, sobre las medidas más conducentes a evitar en el porvenir la misma desgracia.

El zorro, muy comedido, se prestó a ello con la mejor voluntad, indicó mil medios, precauciones complicadas, combinaciones de puertas y de cerraduras, y de estas últimas se guardó, sin decir nada, las llaves duplicadas.

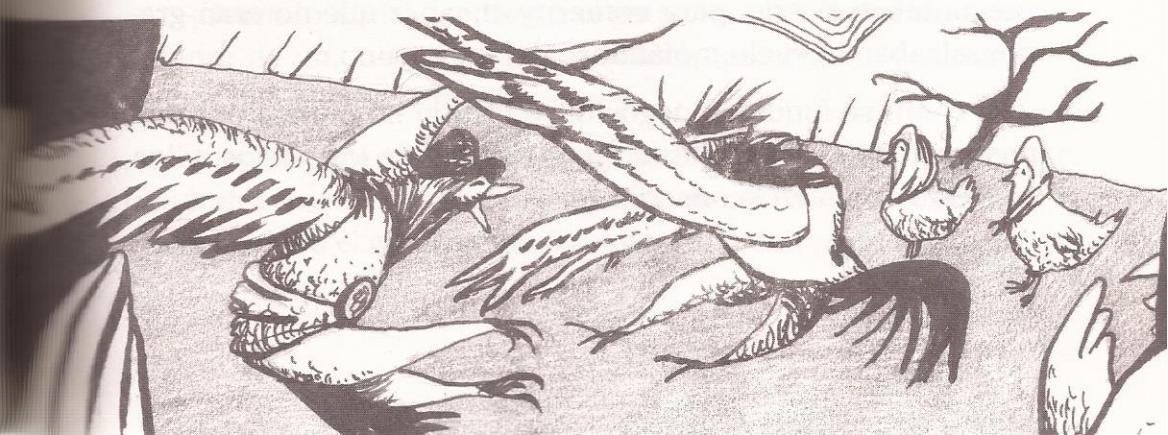
Pelea de gallos

Dos gallos peleaban: alrededor de ellos, las gallinas, en rueda, seguían las peripecias del combate, ignorantes del motivo que podrían haber tenido para estar tan enojados.

Cuando, ensangrentados, ambos dejaron de combatir y se retiraron, rodeado cada uno de las gallinas que más quería, éstas, tímidas, les preguntaron por qué habían peleado con tanto encarnizamiento.

Y cada uno por su lado, erguido, contestó: "porque tenemos púas".

De la cintura a la mano salta solo el cuchillo; mejor dejarlo en casa.



La rosa, el picaflor y la mariposa

El ruiseñor, cansado de pasar hambre, había llevado a otros pagos su guitarra y sus cantos; la rosa, el picaflor y la mariposa, no teniendo los medios de seguirlo, habían pensado en sacar de sus dotes naturales la fortuna que tanta gente sin talento saca de oficios deslucidos y sin arte. Pensaron en ofrecer a los seres desprovistos de los adornos que embellecen, las pedrerías y el esmalte, los perfumes y la gracia que con prodigalidad les había deparado la naturaleza.

No dudaban del éxito y calculaban de antemano los montones de dinero que les iba a valer esa luminosa idea. Pensaban desquitarse pronto del desprecio que les manifestaban todos los insectos que fabrican o producen algo de lo que se vende, y los que saben aprovechar el trabajo ajeno.

Abrieron un bazar de artículos de lujo y la mariposa ofreció polvos de oro al gusano de seda. Éste, buen obrero, pero de toscos modales, contestó con una mueca: “¿Para qué quiero yo polvos de oro?”.

La rosa les ofreció algo de su perfume a las flores del repollo, buenas campesinas ignorantes y groseras, que se taparon las narices como escandalizadas.

El picaflor recorrió las calles con una caja llena de pedrerías hermosas, ofreciéndoselas a los chingolos que encontraba. Pero los chingolos, muchachos locos y sin instrucción, les preguntaban si eran para comer; y al saber que no eran granos, alzaban el vuelo mofándose del importuno.

Pronto se fundió el negocio; se tiraron en remate por menos que nada las preciosas obras de arte de los socios; y los tres estuvieron en la miseria.

Muchos años después, comprendió la gente lo que se les debía y consagró su memoria.

Consuelo desconsolador para los artistas hambrientos.

El gato montés y la nutria

La nutria aseguró un día al gato montés que ella podía pescar muchos más peces de lo que sacaba, y que, si se contentaba con pescar sólo los que necesitaba para su consumo, era porque no sabía dónde guardarlos. Confesó, que le daba lástima tener que desperdiciar tanta riqueza, pero todavía le parecía mejor dejar vivos los peces que tirarlos sin provecho para nadie. Asimismo suspiró, “¡Cuánto siento no poder guardar algo de lo que hoy podría economizar para cuando la vejez me impida trabajar!”.

El gato, a quien tanto gusta el pescado y que casi nunca puede lograrlo, al momento comprendió qué horizontes se abrían ante él, y dijo: “¿Podría usted cazar los peces sin matarlos?”. “Cómo no!”, contestó la nutria; “casi sin lastimarlos”.

“Bien; entonces, dijo el gato, hagamos un negocio. Conozco un vivero natural, escondido entre las rocas, inaccesible para los pescadores, a donde me comprometo a llevar los pescados que usted me entregue; y allá se reproducirán de tal modo, que cuando la vejez le impida trabajar, usted tendrá a mano pescado para toda la vida”.

—¿De veras se reproducirán tanto?

—¡Quién lo duda! —contestó el gato con el entusiasmo arrebatador de un cuentero del tío—. ¡Ciento por ciento! y garantido por mil, exclamó, no sin orgullo.

La nutria quedó convencida y embriaga de ilusión, y contentándose con esa garantía que tan generosa como verbalmente le daba el gato, empezó a entregarle con regularidad ca-

da día el más lindo pescado de los que había tomado. El gato se lo llevaba; se internaba en el monte, y ¡quién, entonces, lo hubiera visto almorzar!

Cuando asomó la vejez, la nutria quiso conocer el vivero y empezar a aprovechar su reserva de pescados, que el gato siempre le ponderaba.

Pero, un día con un pretexto, otro día con otro, el gato siempre prorrogaba la inauguración, y cuando ya no le fue más posible echarse atrás, desapareció.

La nutria se convenció, algo tarde, de que cuanto más fuerte es el interés, menos seguro está el capital.

Los gatitos en la escuela

Una gata vieja, experimentada profesora, con los anteojos bien asentados sobre la ñata, explicaba a toda una aula de gatitos que era muy feo el mentir; que un gatito bien educado nunca debía robar la leche; que era un gran pecado el ser goso, y que si era muy bien el cazar lauchas y aun comerlas, se debía evitar en lo posible hacerlas sufrir inútilmente, como lo solían hacer tantos gatos chicos y grandes.

Y la maestra agregó: "Bien segura estoy de que nunca en casa de sus padres, ninguno de ustedes ha visto tan malos ejemplos...".

—¡Nunca, jamás! señorita —exclamaron a la vez todos los gatitos.

—Bien —dijo la maestra—; pero puede ser que por casualidad los hayan visto en otras partes...

—Sí, señorita, los hemos visto! —gritaron.

—¡Oh! ¿Y dónde? —preguntó la gata, con una sonrisa.

—En casa de Fulano, señorita.

Y cada gatito nombró la familia de algún otro alumno.

Los ojos a la casa del vecino, las espaldas a la propia.

El toro y la argolla

Un toro, de abolengo regular no más, había nacido con un genio temible; desde chico todo lo volteaba en el tambo y en el pesebre: nadie se le podía acercar, y el amo, al verlo tan indomable, desesperaba de poder prepararlo para la venta.

Pero se le ocurrió, un día, hacerle ver que todos los toros más finos del rodeo tenían de adorno una argolla en la nariz; y hasta le dejó entender, mintiendo, que era de oro y que era la señal para distinguir a la torada decente de la de medio pelo.

El toro, que ya se disponía a cornejar, se contuvo, observó y vio que era cierto, y se quedó quieto durante un rato para permitir que el amo le colocase a él también la argolla. Cuando la tuvo puesta, quiso seguir embromando, pero sintió que de la argolla, a cada gesto, lo tironeaban y tanto le dolía que pronto tuvo que aflojar y someterse.

La lisonja es un gran domador.

La araña

La araña había tendido su tela en lugar muy propicio para cazar moscas. Al cabo de un rato cayó en la tela, no una mosca, sino un soberbio moscón, y la araña, alegremente ansiosa, lo miraba con toda su atención, estirando los hilos de la tela, esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre el cautivo y despedazarlo.

Pero el moscón era bravo y fuerte; empezó a sacudir toda la tela, igual que Sansón hizo con el templo de Baal, y pronto vio la araña que para conservar la presa era necesario tender sin demora otros dos hilos principales, de la orilla de la tela hasta la rama en que estaba atada.

La araña es mezquina; le pareció mucho el gasto. Es cierto que el moscón era lindo y valía la pena; presas así no se agarran todos los días; pero también dos hilos más, y de los gruesos, ¡jamás! es mucha plata, y quiso creer que podía pasarlo sin ellos.

No esperó mucho rato el resultado; el moscón se fue con tela y todo, y la araña quedó colgando de un hilo.

Ni voraz, ni mezquino; ni loco, ni tonto; sólo es juicioso el que sabe medir el gasto con el provecho.

El perro y el zorro

El zorro, viendo que se hacía cada día más difícil penetrar en los gallineros por lo bien que los perros los guardaban, trató de utilizar los recursos de su diplomacia para conseguir por astucia lo que la violencia ya no le podía dar. Se acercó con mil zalamerías al guardián de un gallinero, un gran perro danés con cara de pocos amigos. Al verle el perro gruñó; no se levantó, pero le indicó, mostrándole sus soberbios colmillos, que tenía muy poco gusto en recibir su visita. El zorro se hizo tan humilde, tan pequeño, lo saludó con tanta urbanidad, pidiéndole con insistencia que le permitiese una palabra. Finalmente el perro accedió a que hablara. Y después de muchas vueltas, el zorro le insinuó que podrían hacer juntos un brillante negocio; que lo único que tendría que hacer el perro sería fingir el sueño, mientras él sacaba del gallinero las gallinas y los pavos, dándole después al perro su parte en dinero o de cualquier otro modo.



El perro se hubiera podido levantar indignado y pegarle algo más que un susto al zorro; pero, como sabía que el abrojo no produce rosas, la propuesta no lo tomaba de sorpresa; se contentó con decirle que no era pan para él y le enseñó el campo.

El zorro se mandó mudar, más bien un poco ligero, por lo que podía suceder; y una vez en la cueva, pensó que un perro de tanta honradez debía de ser de poca viveza.

Con esta idea en la cabeza, lo fue a ver otro día. Se acercó a él arrastrando una bolsa bien cerrada y bastante pesada, y le dijo: "Señor perro, aquí traigo un pavo gordo que me acaban de regalar; como mi cueva está algo retirada y tengo que hacer una diligencia, le pido por favor que me lo guarde; si no lo vengo a reclamar mañana, será suyo sin más trámite. Lo que sí, como garantía, le pediré que me entregue un pollo que le devolveré cuando le venga a pedir el pavo".

El perro olfateó un momento la bolsa y tomándole olor a osamenta vieja, se levantó enojado: "¡Sos pícaro!" le gritó.

Cuando terminó de gritar el zorro ya estaba lejos. Una vez en la cueva, y aun hambriento, pensó que debía ser un caso raro este del perro danés, bastante honrado para no engañar a nadie, y bastante vivo para no dejarse engañar.

La víbora y el zorro

En medio de una majada en parición estaba la víbora buscando cómo colgarse de la teta de alguna oveja para llenarse de leche, y dando de chupar, como suelen hacer, al cordero la punta de la cola para engañarlo. En eso oyó el balido de un cordero que se acababa de despertar; y al ratito, la voz de la madre que le contestaba.

Pero no veía a la oveja; estaría detrás de una mata de paja. La víbora se deslizó despacio para mirar y se topó con el zo-

rro, quien, imitando a las mil maravillas el balido de la oveja parida, trataba de hacerse seguir por el corderito hasta alguna cueva de donde no saldría más.

Al ver la cara atónita de la víbora, soltó la risa el zorro:

-¿Qué le parece la ovejita, comadre?...

-¡Eh! ¿Qué quiere?, cada uno se las compone como puede.

Algunos días después, el zorro, en ayunas, oyó el canto de un pájaro entre el matorral: "más vale chingolo que nada", pensó, y fue despacito hasta donde oía el canto. Y topó con la víbora, quien, imitando a las mil maravillas el silbido de los pájaritos, trataba de indicarles el camino de su garganta.

Al ver la cara atónita del zorro, la víbora soltó la risa:

-¿Qué le parece la calandria, compadre?...

-¡Eh! ¿Qué quiere? cada uno se las compone como puede.

Hasta el pícaro tiene que vivir en este mundo.

El cuis y la lechuza

Un cuis, bien incapaz por cierto de hacer a nadie ningún perjuicio, había establecido su domicilio en una modesta cueva vecina de una vizcachera abandonada, en la cual vivía la lechuza con su numerosa familia.



El cuis, apenas amanecía, iba a sus quehaceres, sin ruido, sin llamar para nada la atención, yendo de mata en mata con asombrosa rapidez, tratando de evitar que algún mal intencionado, perro, hombre o gavilán, lo viera a la pasada. Se mantenía con los brotes nuevos del pasto del campo, viviendo así mismo en los mejores términos con la oveja, que es de genio muy sociable. Ni siquiera probaba carne, ni comía insectos, y por consiguiente la lechuza no se podía quejar de que le hiciera competencia. Cuando la veía, soñando en la puerta de su casa, acurrucada e inmóvil, la saludaba con la mayor urbanidad, pero esa señora irascible, gritona y molesta, se despertaba por un largo rato de sus fúnebres pensamientos, movía la cabeza como si se le fuese a destornillar, abría sus ojos redondos, amarillos y escudriñadores, y mirándolo con rabia, lo perseguía con sus gritos fatídicos, insultándolo como si hubiera sido un criminal, un sinvergüenza, un cachafaz, un ladrón, un asesino, en vez de ser el pobre cuis, un buen padre de familia, modesto, trabajador e inofensivo.

Tanto que el terú-terú le preguntó un día a la lechuza qué diablos le había hecho el cuis para que le tuviera tanta rabia.

—Nada —contestó ella—; pero ¿no basta que sea mi vecino?

Los dos gallos y la polla

Un gallo hermoso y amable, comedido y de buenos modales, festejaba a una polla; no desperdiciaba ocasión de probarle su cariño, escarbando el suelo para ella, dejándole las mejores presas que podía lograr, todo con el solo anhelo de conseguir en recompensa de sus atenciones una mirada de aprecio.

La polla no le hacía caso; si, por casualidad, le prestaba atención, era para burlarse de él con sus compañeras.

Otro gallo que las frecuentaba, grosero, feo y mal educado, incapaz de prestar un servicio, brutal en sus modos, también festejaba a la polla, si festejo se puede llamar el trato que le daba, humillándola, haciéndola llorar de vergüenza y de rabia, burlándose de ella, hasta atropellándola.

¡Misterios del corazón de las pollas!, con éste fue con quien se casó.

Jerarquía

“En este mundo, amigo, tiene que haber poderosos y débiles, ricos y pobres, gordos y flacos, hermosos y feos, amos y sirvientes, mandones y mandados. Ha sido, es y será así siempre y en todas partes del mundo”.

Así le decía un cerdo cebado, gordo y lustroso, a un pobre cerdo de campo, puro huesos y cuero peludo, para infundirle el respeto que consideraba se merecía, por el permiso generosamente otorgado de tomar de su comedera una que otra espiga de maíz. El cerdo flaco, haciéndose el convencido, miraba con ganas de reírse a ese ser gordo e incapaz de moverse; y pensaba entre sí: “¡Será posible que ese fenómeno críe orgullo! ¡No te hinches, que vas a reventar!”.

Pero quedaba muy serio, y el cerdo cebado no podía leer semejante pensamiento en sus ojos humildes.

Mientras tanto, en el patio, un perro grande miraba desdenosamente a un cusquito que pasaba cerca de él, la cola entre las piernas y los ojos suplicantes para que no le pegase. Y una vez evitado el peligro, el cusquito se fue algo lejos a echarse, y miraba de reojo al otro, diciendo entre sí:

“¡Qué lástima que seas tan tonto como grande, grueso y fuerte!”. Y en el fondo de sus ojos brillaba una lucecita burlo-

na y alegre que por la distancia no podía ver el perro grande, poco perspicaz para adivinar esos pensamientos...

En los montes, el tigre llamó al gato de servicio para darle una orden, que más que orden, por el tono parecía reprensión, el gato respetuosamente se inclinó escuchando con atención lo que le gritaba el superior.

El tigre ni sospechaba que detrás de esos ojos inmóviles y fríos había todo un poema de burla íntima, impenetrable y penetrante.

El gusano, al esconderse en el leño se mofa del benteveo y de su grito amenazador; y la lombriz, humilde y fea, se burla de la mariposa, joya de la naturaleza; y la lechuza, del águila; el enano, del gigante; el jorobado, del Adonis.

Demasiado desgraciados serían los pequeños, los débiles, los humildes, los pobres, los feos, los que siempre obedecen y nunca mandan, si no tuvieran el inocente consuelo de poderse reír a su gusto, solos o entre sí, de los grandes y de los fuertes, de los orgullosos y de los que lucen su belleza, de los que siempre mandan y siempre son obedecidos.

—¡Ríanse, ríanse...! ¡Pero no se dejen ver!

El mono y la cinta elástica

Un mono entró por una ventana abierta en casa ajena y encontró colgada de un clavo una cinta elástica. La tomó de la punta, la estiró, y al soltarla sin pensar, vio que pegaba fuerte en la pared. Le gustó el juego; la estiró más y más, pegando así cada vez más fuerte en la pared.

Entonces pensó en estirarla con toda su fuerza para ver hasta dónde podría alcanzar y quién sería más fuerte, si él o la

cinta. Estiró, estiró; la cinta se iba poniendo larga y más larga, pero se adelgazaba y también empezaba a resistir. El mono titraba siempre, pero algo como un recelo íntimo le aconsejaba la prudencia, y parecía decirle no abusar, no tirar hasta el último límite. La cinta ya casi no daba; el mono se sentía a la vez, y no sin cierto deleite, tentado de seguir y con cuidado; daba tirones todavía, pero pequeños, y el instintivo temor de algo que, sin que supiera bien qué, le parecía poder ocurrir, exacerbaba su gozo.

Al fin, y cediendo a ganas casi enfermizas de tentar la suerte, dio una sacudida más y ¡zas! recibió en un ojo, con una fuerza bárbara, el clavo sacado de la pared por la cinta elástica.

Quedó tuerto, pero un poco más juicioso... dicen. ¿Quién sabe?

La hormiga y su fortuna

La hormiga, después de haber trabajado muchos años, con constancia y empeño sin igual, ella y toda la familia, se encontró con una gran fortuna. En los primeros tiempos, a medida que iba levantando su posición, iba también creciendo el clamor de los fieles amigos, de estos que cuando no pueden alcanzar el éxito, ladran por detrás; encontrando bien culpables por cierto los medios que tenía de enriquecerse.

Cuando de rica se hizo poderosa, los clamores hubieran podido ser peligrosos y se volvieron simples cuchicheos; pues, si bien hay que rebajar siempre un poco lo que no se puede igualar, es preciso hacerlo con prudencia. Y cuando se hubo cansado la gente de machacar sin cesar las mismas maledicencias se le ocurrió a la lombriz exclamar en una reunión: “¡Cuando pienso que a mí me debe la hormiga todo lo que tiene!”.

Los circunstantes la miraron con cierto asombro. Ella prosiguió: “¡Y cómo no! ¿No se acuerdan ustedes que cuando llegó aquí, pobre, sin nada, desamparada, le facilité para que descansara, un agujero que yo misma acababa de hacer?”.

“Es cierto”, dijeron todos, y pronto se acordaron de lo que habían hecho para la hormiga, en otros tiempos, creciendo en la mente de cada uno la idea de que a cada cual le debía, si no toda su fortuna, por lo menos gran parte de ella. Hasta la misma araña se alabó de haberla dejado trabajar en paz, cuando muy bien la hubiera podido prender en su tela; y no hubo mosca, moscón o mosquito, gusano ni escarabajo, que no se atreviese a afirmar que sin él la hormiga todavía sería pobre.

Los dos perros y el ladrón

Los perros habían sido encargados de cuidar una casa durante la ausencia de los amos. Uno de ellos, creyendo así hacerse valer, no perdía ocasión de ladrar furiosamente. Cualquier pretexto le era bueno. Si alguno pasaba por la calle, agachaba la cabeza hasta el suelo, metía el hocico contra la rendija de la puerta y se desgañitaba ladrando.

El otro perro, después de comer su ración, se había arrollado pacíficamente en un rincón del patio, de donde podía, de una ojeada, ver todo lo que pasaba en la casa y se quedaba dormitando, sin hacerle caso al compañero, ni a sus gritos.

De repente apareció en el patio un hombre con un palo en la mano. Era un ladrón, que sabiendo que los amos no estaban, había saltado por la pared del fondo y venía a ejercer sus talentos.

El perro gritón, al verlo, corrió hacia él, ladrando más fuerte que nunca; pero el ladrón levantó el palo y antes que lo hubiera dejado caer, el perro había disparado hasta el fondo del

jardín, no con ladridos de guapo ya, sino con gritos agudos y despavoridos, como si estuviera herido de muerte.

Se sonrió el intruso y se dirigió hacia el otro perro que, parado y gruñendo, mostraba los colmillos. Éste no caviló mucho tiempo; al ver al hombre cerca, con el palo levantado, se abalanzó sobre él, y agarrándolo de la garganta, lo volteó enseñándole que más muerde el perro callado que el que mucho ladra.

La comadreja y el zorro

La comadreja vivía muy tranquila en una cueva donde había establecido su comercio de huevos; siempre tenía buen surtido, completo y variado de huevos frescos. No faltaban malas lenguas para asegurar que iba al mercado... de noche, y que todo lo que vendía era robado; pero nadie lo podía probar. Lo cierto es que con todos se entendía muy bien, evitando disputas y pleitos hasta con sus competidores: el zorrino, el hurón, el lagarto y demás negociantes en huevos. Por lo demás buena madre, criaba con esmero a su numerosa familia, dando así el más alto ejemplo de moralidad.

Un día cundió la noticia entre el vecindario de que el zorro, de oficio procurador, muy versado en leyes, más aún, avezado en trampas, iba a honrar a la población estableciendo su domicilio en ella. El zorro era famoso por los pleitos que había ganado, algunos contra toda justicia; y los vecinos, alborotados, contaban maravillas de su astucia y de sus vivezas, y de su ciencia de jurisconsulto, capaz de enredar al juez más recto.

La comadreja no aplaudía con los demás. Se puso los cuchillos en la panza y se mandó mudar a otra parte. "Buen abogado, mal vecino", contestó a los que le preguntaban por qué se iba.

El triunfo del zorro

Volvían de una guerra sangrienta todos los animales de pelea y se dirigían al sitio donde se debía hacer la distribución de medallas. Al frente del ejército marchaba el tigre rodeado de su brillante estado mayor; pero muchos de los más valientes guerreros faltaban de las filas, pues habían muerto en rudos combates.

Muy cerca del tigre caminaba el zorro, tomando aires de conquistador que poco concordaban con la fama de... "prudente" que tenía, y todos, cuando pasó la comitiva, se admiraron de verlo tan erguido y dándose tanto corte como los animales de más reconocido valor.

"¿Habrá realmente peleado mucho?" se preguntaban todos. Y hasta él mismo el zorrino se atrevió a preguntarle a si de veras era candidato a la medalla, y en qué hechos de guerra se había distinguido.

—Amigo —le contestó el zorro—, la guerra ya pasó; cada cual ha cumplido con su deber. Decirle los hechos sería largo y molestaría mi natural modestia. Solo deben saber que aquí estoy entre los sobrevivientes, y que sólo los muertos no caben en la lista de ascensos.

La gallina y la perdiz

Andaba la gallina fuera del cerco de la quinta, como para tomarle el olor a la libertad del campo abierto siquiera una vez. No sin un pequeño temor al zorro, con lo justito para aguzar el gusto, escarbaba la tierra virgen, gozando el raro placer, en medio de su vida abundante, de arrancar con mucho trabajo el escaso alimento que puede proporcionar el suelo sin cul-

tivo: algún pequeño grano de hierba silvestre y amarga, algún insecto flaco, de más cáscara que carne.

No muy lejos del palenque, atreviéndose casi en el dominio del hombre cruel y de los perros sin piedad, andaba temerosa la perdiz. Tenía la esperanza de lograr algunos de esos productos ricos del trabajo humano: un grano de maíz, trigo o cebada, o algunos de estos insectos gordos y repletos, de pura carne blanda y sabrosa que se crían en tierra bien abonada y que el arado saca al sol. Sabía que al dejarse llevar así por el hambre, arriesgaba la vida en medio de mil peligros.

Gallina y perdiz se encontraron, y tras pasar el tiempo de las miradas desconfiadas y más bien malévolas, que nunca faltan entre gente desconocida, empezaron a conversar, haciéndose primero preguntas y bien pronto confidencias.

La gallina le contó a la perdiz como desgracia sin igual, que una comadreja le había llevado un pollo; pero la perdiz le dijo que esto era poca cosa, pues ella más de una vez había perdido, robados por el zorro y demás bandidos de la misma laya, no un pichón, sino todos; y esto sin contar los huevos que desaparecían del nido a cada rato.

La gallina insistió en que su desgracia era mayor, ya que el mismo hombre le quitaba los huevos, los pollos y hasta la vida, a veces; pero la perdiz le contestó que siquiera le daba algo en cambio, y no la mataba sin necesidad mientras que a ella la mataban por puro gusto.

La gallina se quejó amargamente de que en el gallinero donde la encerraban de noche, faltaba un vidrio; pero la perdiz le dijo que por allí no entraría más que un chiflón, mientras que en el campo raso donde vivía ella, no era nada el viento mientras no alcanzaba a huracán. "Es cierto, dijo riéndose, que por mucho que sople, nunca podrá voltear el techo de mi casa".

Algo enfadada, la gallina le declaró a la perdiz que un chiflón era más peligroso para la salud que cualquier viento fuer-

te y la prueba es, agregó, "que este invierno estuve a punto de morir de una pulmonía".

—Pero la cuidaron, ¿no? —contestó la perdiz—, y la curaron. Pues nosotras cuando caemos enfermas, nos tenemos que cuidar solas.

—Tengo hambre —interrumpió la gallina, deseosa ya de cortar la conversación— y me voy para la casa a ver en qué piensa esa gente, pues han dejado pasar ya la hora del almuerzo.

—No se queje, señora —le dijo la perdiz—, no se queje por tan poca cosa; mire que sin sufrir un poco en este mundo, no hay gozo. Sin el hambre, la sed y el cansancio, ¿qué valdrían el comer, el beber y el dormir?

El cisne y la garza mora

Sin pedir nada a nadie, una garza mora, gris y flaca, tiesa en una pata, con las plumas erizadas y el pescuezo entre los hombros, miraba indiferente desde la ribera del lago las graciosas evoluciones del cisne. Éste andaba dándose corte y presumiendo alrededor de la hermosa casilla en un islote que le servía de morada.

Vio a la garza, solitaria, pobre y mal vestida, y para darse tono, más que por caridad, se aproximó a ella con aires protectores.

El cisne pensaba que la garza lo iba a saludar con el respeto que la pobreza parece deber a la fortuna, y suponía que iba a pedirle alguna limosna. Sin embargo, a pesar de que se iba acercando despacio y dando vueltas, la garza no se movía y lo seguía mirando con la mayor indiferencia.

Se le acercó y para entablar la conversación, el cisne enteró a la garza mora de quién era él, de cuál era su situación en

el mundo –brillante por cierto–, y hasta envidiable, asegurándole que sus medios y sus relaciones le permitían ayudarle, sí como era de presumir, lo podía necesitar, con alguna concesión de pesca o cualquier otra cosa que le pudiera ser útil.

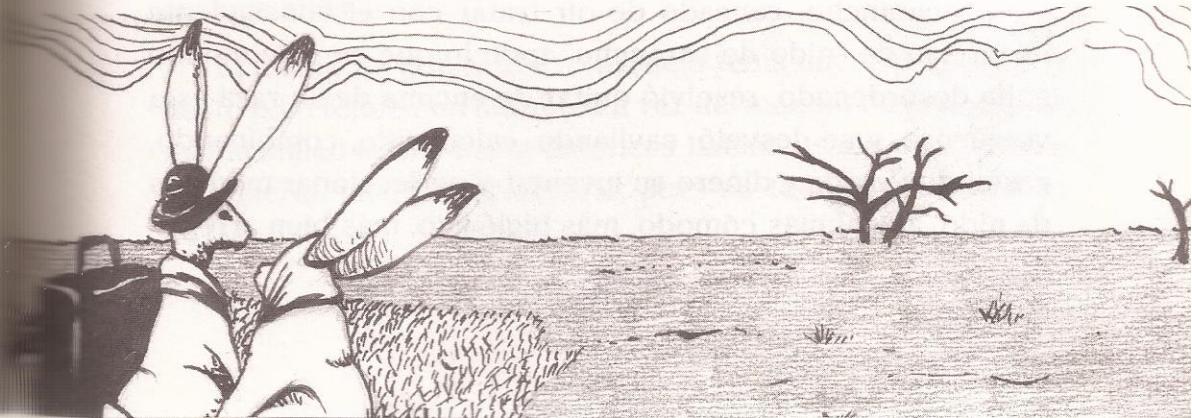
La garza no contestaba ni parecía oír o entender estos amables ofrecimientos, por espontáneos que pareciesen. Ella no necesitaba más de lo que tenía. No quería mayor riqueza y vivía como podía sin deber a nadie obligación alguna, ni la quería contraer, sabiendo demasiado que nadie da nada sin condición. De ahí su silencio desdeñoso.

El cisne, por su parte, no tuvo más remedio que volver a su casilla suntuosa, sin haber logrado comprar lo que siempre había creído de tan poco valor: un orgullo de pobre.

Las liebres

Cuando llegaron a la Argentinà, eran seis. Encontraron mucho que comer y prosperaron. Se multiplicaron y cundieron. Cundieron tanto que empezaron a hacerse cargosas, y como no daban nada, casi, en compensación de los perjuicios que causaban en todas partes, en todas partes empezaron a perseguirlas.

El hombre, los perros, el zorro, el carancho, el hurón, la comadreja y algunos otros bichos carnívoros no perdieron ocasión de matarlas, para comerlas y hasta para dejarlas tiradas.



Y las liebres, viendo que no tenían más que enemigos en este país que pacíficamente habían pensado conquistar, pidieron su reembarco.

Pero no se pudo atender su solicitud: ¡eran seis millones! *Obsta principiis. Eficaz ademán de gobierno es atajar en el umbral al intruso que huele a plaga.*

El pato y las gallinas

Dos gallinas se disputaban a picotazos una espiga de maíz; como si no fuera bastante el trabajo de desgranarla.

Un pato, después de considerarlas y de reflexionar un rato, expresó su opinión con su voz melodiosa; y tomando por su cuenta la espiga, empezó a golpearla con tanta fuerza que rodaron los granos por todos lados.

Las dos gallinas dejaron de pelear, para comer apuradas lo poco que pudieron agarrar, pues el pato devoraba, revolcando sin cesar la espiga en el lodo; y sintieron no haber hecho las paces antes, conociendo algo tarde que evitar un pleito es ganarlo.

El nido del carancho

Un carancho, cansado de oír tratar con el consiguiente desprecio de “nido de carancho” todo lo que en este mundo anda desordenado, resolvió quitar de encima de su raza esta vergüenza, y se desveló, cavilando, calculando, combinando, gastando tiempo y dinero en inventar y perfeccionar modelos de nido, a cual más cómodo, más higiénico, más bien arregla-

do bajo todo concepto, hasta conseguir uno que llenase todas las condiciones deseables.

Cuando le pareció haber completado su obra, resolvió presentarla a la gran asamblea anual de los caranchos que se suele juntar en la primavera alrededor de una laguna, en la Pampa del Sur.

Empezó por preparar los ánimos con un discurso bien pensado, sensato y solemne, deplorando que una rutina secular en la confección absurda de los nidos destinados a alojar el fruto de sus amores, hubiera condenado a los caranchos a servir de lema al desorden y al barullo. Y enseñó a la concurrencia el modelo de nido de su invención que tantos desvelos le había costado. Explicó cómo se debía construir, acomodar y cuidar, asegurando que el uso de este nido por todos los caranchos los pondría a la cabeza de la civilización pajarera. El pobre creía que lo iban a aclamar; que todos iban a celebrar entusiasmados su genio inmortal y su gloria sin par.

Pero no hubo más que un murmullo de satisfacción cuando terminó el discurso, que había sido algo largo; y algunos tímidos elogios escasos y con restricciones, por el mucho trabajo que le había costado la construcción del nido modelo, muy bien ideado, por cierto, pero... Y empezaron las críticas. Y no faltaron, entre la gente joven y poco seria, algunas risas, porque siempre lo nuevo parece algo ridículo.

Por ejemplo uno de los caranchos encontró absurdo tener un reparo contra la intemperie. "Los antepasados habían empollado al aire libre", decía, "y no había más que hacer lo mismo que ellos".

El hecho de que el nuevo modelo tenía una especie de canasto bien tejido con mimbre en vez del manojo de brusquillas mal arregladas que hasta entonces habían usado, les parecía, en general, una idea temeraria; pues no todos los caranchos

sabrían tejer, y esto traería forzosamente complicaciones en los hogares y quizá en toda la república.

En cuanto a la idea de forrar con lana, cerda, pluma y hojas secas el fondo del nido para tener mejor los huevos, y sobre todo, los pichones al nacer, ni siquiera querían pensarlo. Los caranchos estaban acostumbrados, desde hacía miles de generaciones, a sentarse, cuando empollan, sobre palitos y espinas que les entran en las carnes por todos lados, "comodidad" que completan la lluvia y el sol en el lomo y las corrientes de aire por debajo. Sin embargo, no podían, sin cometer una locura y hasta un crimen, repudiar las costumbres heredadas de los antepasados. Entonces, un orador fogoso habló de atentado a la constitución y los ánimos se fueron sobreexcitando poco a poco de tal modo que por muy poco el carancho reformador escapó de ser liquidado a picotazos por sus colegas.

El perro y el cabrón viejo

Viendo que había aumentado mucho la majada, el perro ovejero entendió que ya no la podía cuidar como era debido, por lo que resolvió pedir al pastor que le nombrase un ayudante. Pero antes, pensó que el más viejo de los machos de cabra, un cabrón llamado Omar, sería su candidato y así se lo informó. El cabrón, agradecido, le aseguró que haría todo lo posible para hacerse digno de tanta confianza y corresponder a la protección que se le dignaba conceder. Lleno de alegría, fue a contar la novedad a las cabras, que se lo contaron a las ovejas, y éstas a los carneros.

Todos vinieron a felicitar a su futuro jefe, a ofrecer sus servicios y hacer recomendaciones.

El cabrón es un animal de poca cabeza por lo que empezó a creerse un personaje. Escuchaba las confidencias del menor

borrego como si fueran secretos de estado, tomando aires de profunda atención, sacudiendo la cabeza y moviendo los párpados. Con sus astas torcidas y su luenga barba blanca tenía la apariencia de un sabio, pero solo la apariencia.

Pronto algunos animales de la majada le insinuaron que, una vez nombrado en su cargo, le sería fácil, con un poco de diplomacia, suplantar al perro; y que, si había que acudir a la fuerza, allí estaban ellos.

Y el cabrón no dejó de escuchar estos consejos con cierto placer. Pero como el perro se enteró de todos estos chismes, sencillamente desistió de pedir ayudante al amo.

Como pasaba el tiempo sin que viniese el nombramiento, empezaron los futuros protegidos a preguntar al cabrón para cuándo sería.

—¡Ah! ¿Ese puesto? —dijo—. Sí, me lo querían dar. Pero después de pensar lo bien, decidí no aceptarlo.

Mucho ruido, pocas nueces

Recordando sus grandes pasadas, aquellos tiempos en que eran gliptodontes, las mulitas, los peludos y los matacos, indignados de que todos los despreciaran, convinieron en formar un gran partido, que acabaría por derrumbar, literalmente, el edificio político.

De construir otro no hablaron todavía, pensando que destruir ya era mucha ocupación, y empezaron a cavar tantos pozos, que no pudo menos el gobierno que fijar en ellos su atención.

El programa de los revolucionarios era muy sencillo y anunciaba su intención: voltear al gobierno y ponerse en su lu-

gar. Reformarían las leyes, dando al país otros rumbos, naturalmente mucho mejores, y más dignos de sus grandes destinos, y de ese noble ejemplo nacerían reformas tan profundas que renovarían, no sólo al país, sino a muchos otros, a la humanidad entera, "abriendo a la civilización otros horizontes, nuevos, inmensos", según declamaban.

El gobierno pensó que, en presencia de un movimiento de tan amplias proyecciones, debía tomar medidas inmediatas, energicas y adecuadas. No vaciló: al peludo más comprometido en el movimiento revolucionario lo nombró comisario en un pueblito de doscientas almas, con condición expresa de que primero se empeñara en calmar los ánimos, lo que hizo en seguida con espléndido resultado.

¿Qué más revolución hubiera querido, ya que tenía sueldo?

El zorro y el puma

La fiambra del puma siempre debería estar repleta, pero resulta que mata sólo por matar, y no sabe conservar nada. Por eso a menudo se tiene que contentar con cualquier cosa para no morirse de hambre.

El zorro, que también conoce las duras leyes de la necesidad, se encuentra un día con el puma casi vencido por el hambre. Como él tenía dos perdices, haciéndose el generoso, le ofreció una.

Días más tarde, al ver que su amigo había carneado varias ovejas, le pidió que le cediera por favor un cuartito para almorcizar.

—¿Qué va a hacer con un cuarto, amigo? —contestó el puma—; tome, no más; sírvase, coma y llévese lo que quiera para su casa.

El zorro bien sabía que así sería y no se hizo rogar; se llenó hasta más no poder, y en pago de su perdiz tuvo alimentos para ocho días.

Es preciso saber dar en este mundo, pero también es preciso saber prometer; y cuando se le presentó la ocasión, no la desperdició.

Los ovejeros empezaban a cuidar mucho sus corrales y la vida se hacía difícil. El zorro andaba flaco como pulga de pobre, y en ayunas, encontró a su amigo el puma con una perdiz que por suerte acababa de cazar.

—¿Y va a comer usted esta porquería? —le dijo el zorro al puma—; cuando allí, cerquita, tiene una majada rodeada y sin perros.

—¿Dónde? —dijo el puma.

—Venga conmigo: lo llevo.

—Bueno —dijo el puma y tiró la perdiz— es flaca, de todos modos.

—No la tire; démela: la voy a comer; a mí me gustan más las aves.

Y el zorro se comió la perdiz con pico, patas y pluma, y le dijo al otro: “Venga, no más”.

Agarró por entre las pajas, dio vueltas y vueltas, hasta que en un descuido del puma, salió corriendo y lo dejó buscando solo a las ovejas del cuento.

El vizcachón previsor

A los viejos les gusta amontonar. Será que no pudiendo ya producir, tienen miedo de quedarse de repente desamparados, y al fin, hacen muy bien.

Un vizcachón viejo, viudo, sin hijos, sin familia, amontonaba en su cueva todo lo que podía encontrar. Unos jóvenes sin experiencia creían que lo hacía por avaricia y se burlaban de él, haciéndole ver que cuando se muriese, lo que no podía tardar, por su edad avanzada, todo iba a caer en manos parientes lejanos, o quién sabe quién, y que haría mucho mejor en gastarlo todo desde luego.

-¿De qué le sirve -decían- cuidarse del día de mañana, cuando probablemente no lo alcanzará usted a ver?

-Es que prefiero, muchachos -contestó el viejo-, correr el riesgo de, a mi muerte, enriquecer a mi peor enemigo, que el de quedar, en vida, a cargo de mi mejor amigo.

Las vizcachas

Hubo un momento de gran alboroto entre las vizcachas, cuando corrió la voz de que el dueño del campo había resuelto hacer destruir las vizcacheras: y debía de ser cierta la noticia, pues una noche que el capataz de la estancia volvía de la pulperia bastante alegre, rodó su caballo en una cueva, y las vizcachas, que estaban todas pasteando alrededor, clarito le oyeron que rezongaba:

-¡Suerte que mañana llega la cuadrilla de napolitanos que nos va a librar de esa plaga!

Las vizcachas reunidas en asamblea, y decidieron que por ser la lucha por demás desigual, no había más remedio que emigrar en masa. El presidente de la asamblea dijo: "La mudanza empezará mañana", y levantó la sesión.

El día siguiente llegó la cuadrilla. Los napolitanos recorrieron el campo pero dejaron el trabajo para el día siguiente. Las vizcachas, siguiendo el ejemplo, dijeron también: "Mañana".

Al día siguiente los hombres solo contaron con prolijidad las vizcacheras que había; por lo que las vizcachas pensaron que la mudanza lo mismo se podría hacer “mañana”.

Empezó el trabajo; pero justamente en la otra punta del campo, de modo que los jefes de las vizcachas que se habían juntado, volvieron a decir: “Mañana”.

Comenzaron a llegar vizcachas escapadas de la matanza, muchas de ellas heridas por los perros, sembrando el espanto en las vizcacheras indemnes aún. Asimismo, como antes de muchos días no estaría la cuadrilla en esta loma, parecía inútil mudarse este mismo día. ¿Para qué tanto apuro? “Mañana será lo mismo”, dijeron y se quedaron así días y días, hablando siempre de mañana, acostumbrándose a oír noticias amenazadoras, a ver acercarse el día del peligro, sin por esto moverse, pensando que siempre habría tiempo: “mañana”.

Y cuando llegó por fin ese terrible mañana, era tarde ya para mudarse, porque no habían preparado donde; era tarde ya hasta para huir, y todas perecieron.

A veces tarda un año, pero siempre viene mañana.

La araña y el sapo

Un sapo andaba en desgracia. Ninguna mosca se le acercaba y empezaba a tener una de esas hambres que quitan la vergüenza al más honrado. Al levantar los ojos, vio que en la tela de la araña, su vecina, estaban presas tantas moscas de todos tamaños, que en dos o tres días no las iba a poder comer.

Con un grito o dos llamó a la araña y le pidió prestadas algunas moscas, prometiéndole que pronto se las devolvería.

La araña, sabedora de que el que presta pierde el dinero y las amistades, primero hizo la que no escuchaba.

Después se hizo la que no entendía.

Contestó en fin que tenía pocas.

Y luego dijo que no eran todas de ella.

Y agregó que no podía despegarlas.

También afirmó que, como se había negado a prestarle a la rana, no podía, sin crear conflictos, prestarle al sapo.

Y cuando éste ya se dio vuelta, enojado, diciéndole que todo esto no eran más que malos pretextos:

“Los pretextos serán malos”, dijo para sí la araña, “pero las moscas son buenas”.

El hurón y el zorro en sociedad

El zorro hizo, una vez, sociedad con el hurón. Éste entraba en las conejeras; el zorro se quedaba afuera, espiando, y con diente ligero, cazaba a los conejos asustados que asomaban a la puerta.

Al hurón le daba parte de la presa, lo menos posible y de los peores pedazos: el cogote, la cabeza, las patas.

Pero el hurón quedaba muy conforme así; y el zorro no tenía boca para ponderar a su socio, su compañero y su amigo. Cierto que le mezquinaba un tanto la carne, pero los elogios llovían: era fuerte, valiente, sin pereza, dócil, fiel, honrado, franco, sin orgullo... un tesoro.

Sin embargo un día, ¿quién sabe por qué sería? tuvieron un disgusto, y el hurón pidió la cuenta. El zorro se la arregló: y después de contar, no se sabe bien qué, con las uñas, le hizo ver al hurón que él era quien quedaba debiendo, y lo despidió, perdonándole la deuda, pero tratándolo de desagradecido.

El hurón se fue y empezó a trabajar por su cuenta; le fue bien: engordó, mientras que el zorro, que ya casi no podía cazar, enflaquecía.

Un día el zorrino le pregunta al zorro por qué no trabajaba ya con el hurón:

—¿Qué quieres, amigo? ¡Si no sirve para nada!— Contestó.

—¡Es un flojo, un cobarde, un haragán, un vanidoso, un desobediente, un sin palabra... un cachafaz!—.

Las cualidades ajenas fácilmente se vuelven odiosas para el que ha dejado de aprovecharlas.

El burro

El burro había nacido alegre, sumiso, lleno de buena voluntad. Era feo, es cierto, pero se reía con tan buena gana, que a pesar de su voz horrenda, su rebuzno parecía canto. Se burlaban de él y de su facha: él sacudía las orejas y se reía, bonachón.

Pero, porque era bueno, empezaron a abusar de él. Era fuerte, por ser tan chico, lo cargaron demasiado; era sobrio, casi no le dieron de comer; era resistente, le hicieron trabajar más de lo que era posible. Y cuando ya no daba más, lo empezaron a maltratar. Se le avinagró el genio; sus orejas no se movían ya risueñas, sino que las echaba para atrás, enojado, enseñando los dientes y aprontaba las patas.

Y el amo, desconfiando, a pesar de tener en la mano el palo amenazador, decía: “¡Qué malo es el burro!”.

El loro muerto

El loro llenaba en la corte tres empleos: anunciaba la visita de los altos personajes, tenía el encargo de recrear a Su Excelencia en sus momentos de ocio con cuentos amenos y de atajar a los solicitantes con el grito consagrado: “¡No hay vacante!”. Y como es justo, teniendo tres empleos, cobraba tres sueldos, como quien dice nada.

Murió, y pocas horas después del triste acontecimiento, estaban conversando el chajá, la urraca y el benteveo, ponderando a cual más las cualidades del finado:

—¡Pobre señor loro! —decía uno con aflicción.

—¡Qué muerte tan repentina! —contestó otro tristemente.

—¡Es un gran vacío! —observó el tercero compungido.

—¡Y una gran vacante! —murmuró la urraca.

Y el chajá se sonrió y también el benteveo, y los tres, mirándose con ojos de candidato:

—¡Qué vacante linda, che! —susurraron a coro.

El aveSTRUZ y el gANSO

El aveSTRUZ y el gANSO, teniendo que recorrer juntos cierta distancia, caminaban a la par. Al cabo de un tiempo, el gANSO, todo cansado, le dijo al aveSTRUZ:

—¡Pero usted anda demasiado ligero, amigo!

—Si voy al tranco —le contestó el aveSTRUZ.

Y después de andar algún trecho más, se dio vuelta el gANSO, exclamando:



-¡Mire, cuánto hemos andado ya!

-Mire más bien -le dijo el avestruz-, cuánto tenemos que andar todavía.

Para el ave de patas cortas cualquier paso es rápido y cualquier paseo es un viaje. Y para gente de vidas cortas cualquier adelanto también es incomparable progreso.

Maniobras militares

El buitre, no pudiendo saciar su hambre en la comarca montañosa y pobre en la cual la naturaleza lo había relegado, resolvió invadir la llanura poblada de hacienda donde tan bien vivían los gavilanes y caranchos. Pero, como eran muchos aquellos y bastante guapos para defenderse, conchabó dos mil chiman-gos, creyéndolos aves de presa, y formó con ellos un ejército.

Bien mantenidos, aquéllos se prestaban a la prueba, y cuando supieron volar por batallón y compañía, el buitre les hizo hacer maniobras militares. Fueron soberbios los chiman-gos, de disciplina, de pericia y de valor; pero, cuando al felicitarlos el buitre les anunció que con semejantes tropas ya no vacilaba en invadir los valles apetecidos, volaron todos para sus pagos, graznándole: ¡Adiós, que otra cosa es con guitarra!

La vaca empantanada

Una vaca flaca como un estación de ñandubay, quiso tomar agua en un charco y quedó empantanada. Debilitada por el hambre, viendo que no podía salir sola del paso, esperaba sin moverse el final, cuando por allí pasó el caballo.

Con mugido triste y mirada lánguida lo llamó en su auxilio, y el caballo, servicial por naturaleza, entró en el barro y empezó a ayudarla.

En la loma apareció en aquel momento el zorro. Se sentó, y de aficionado no más, contempló ese espectáculo tan raro de un servicio prestado con todo desinterés.

El caballo se tornó un trabajo bárbaro; levantó, tiró, empujó al animal embarrado. Se ensució de los pies a la cabeza; pero por fin, sacó a la vaca del pantano.

Y apenas estuvo ésta en piso firme, agachó la cabeza y lo quiso cornear.

El caballo, en su noble candidez, quedó estupefacto ante tal ingratitud; mientras que silencioso, con una sonrisa sardónica, se retiraba el zorro.

Las opiniones del gallo

El gallo canta claro y no disimula lo que piensa.

Dice la verdad, y la dice toda: pondera sin zalamería lo que le parece bien, y critica sin acritud lo que le parece mal.

Así debería tener puros amigos, pues a cada uno le ha de gustar saber que aprecian sus cualidades, y también, por otro lado, le ha de gustar conocer sus defectos, para tratar de corregirlos.

Pues no parece que así sea; y muchos, al contrario, acusan al gallo de ser mala lengua, o injusto, y le tienen rabia.

La oveja, por ejemplo, no lo puede ver: es cierto que en varias ocasiones ponderó el gallo en excelentes términos el gran valor de su vellón y su amor materno; pero también se permitió una vez insinuar que era algo corta de espíritu; miren ¡si será!

La cabra, sin duda, le habría conservado su amistad, si se hubiera contentado con hablar de su sobriedad y de la excelencia de su leche; pero también dijo que ella tenía el genio algo caprichoso: ¡una mentira sin igual!

El chajá había quedado muy conforme al oír que el gallo alababa lo abundante de su pluma, lo discreto de su color gris y el buen gusto de su traje; pero no le pudo perdonar el haber criticado su canto.

El burro también quedó con el gallo en muy buenas relaciones mientras se concretó éste a hacer justicia a su templanza y a su amor al trabajo; pero tuvieron que quebrar, pues un día se atrevió el otro a decirle que sus modales eran toscos: ¡Figúrese!

La vizcacha, ella, no quiere saber nada con el gallo, y lo mantiene a distancia, pues la juzgará este señor de bien poco mérito, cuando ni siquiera se ha dignado acordarse de ella nunca.

Por suave que sea el almíbar de la alabanza, cualquier átomo de crítica lo vuelve amargo; pero más amarga aún que la crítica, es la indiferencia.

El carpincho y los progresos de la civilización

Un carpincho viejo trataba, una noche, valiéndose de su larga experiencia, de precaver a los miembros más jóvenes de su diezmada familia contra los peligros que la acechan continuamente.

Antes –decía–, los tigres nos mataban a su gusto. Vino el Hombre y pronto nos libró de ellos. Pero él mismo, en segui-



da, se volvió nuestro más temible enemigo. No tiene armas naturales, pero es tan astuto que nunca sabe uno por qué mañana desconocida lo va a sorprender, y con nosotros, los Carpinchos, como gente honesta que somos, siempre hemos sido demasiado confiados, hace lo que quiere; tanto que va destruyendo, aniquilando nuestra raza.

—¿Por qué nos odiará tanto, tata? —preguntó un carpinchito.

—No es odio —contestó el viejo—, sino que, sencillamente, apetece nuestro cuero.

—¡El cuero! ¡Qué barbaridad! —exclamaron horrorizados todos los carpinchitos—. ¿Y para qué?

—Para fabricar los sobrepuestos con que cubre el recado. Así lo vienen a saber —agregó— a fuerza de observar.

Mentía el abuelo, para darse, ante su progenitura, ínfulas de vivo, pues ese dato lo tenía de la nutria, su comadre.

—Pero, miren, muchachos —dijo todavía—; ustedes ven las innumerables cicatrices que me rayan el cuero; todas son obra de los perros. Pues, viendo que conmigo no podían sus auxiliares, los mastines más atrevidos, el Hombre se hizo de arma con que, desde lejos, ahora, nos mata, entre fragores de trueno, sin que lo alcancemos a ver.

—¡Oh! —exclamaron, temblorosos, los cachorros.

—Y lo más raro —prosiguió el viejo— es que, en otros tiempos, siempre era el trueno muy fuerte y con mucho humo, muriendo las víctimas heridas en varias partes del cuerpo por gruesos proyectiles. Hoy, raras veces se oye más de un pequeño estampido; no se ve fuego ni humo, y cae la víctima casi siempre herida justito en el ojo. ¿Cómo será? Vaya uno a saber.

Y quedaron meditabundos, tanto el abuelo como los carpinchitos, sin poder sospechar, ni por un momento, que, valiendo cada día más los cueros de carpincho, el Hombre, fiera progresista, después de haber reemplazado la escopeta por carabinas de

precisión que meten la larga y mortífera bala en el ojo del animal desprevenido, porque así lo quiere el ojo certero del cazador.

—Más que nunca, hay que desconfiar del Hombre y de su astucia —suspiró el carpincho viejo, resumiendo así toda su ingenua experiencia de pobre alimaña silvestre.

En ese mismo momento, hubo, en la profunda oscuridad de los cañadones anegados, todo un sospechoso alboroto de aves acuáticas, desaforados gritos de terú-terú, aleteos vigilantes, revoloteos de patos en bandadas, toda una perturbación insólita. El carpincho viejo paró las orejas y, en voz baja, dijo:

—Ligerito, muchachos, ¡al río! Desconfiemos, desconfiemos.

Pero al momento de salir, vio con admiración una luz brillante en la falda de la loma.

—¿Qué será esto? —exclamó— ¿se habrá caído alguna estrella?

Y presa de la incurable curiosidad de los de su raza, en vez de seguir hacia el río, se dirigió con todo el séquito hacia la hermosa luz. Encandilados, se pararon todos muy cerca de ella y de repente, mientras miraban lo que creían estrella, en un solo trueno, resplandecieron cinco centellas y cayó en cuatro de los mayores de sus acompañantes, mortalmente heridos.

No había alcanzado toda su experiencia hasta sospechar de ese nuevo progreso de la civilización para matar, de noche, carpinchos.

Aves de rapiña y mosquitos

Entre el águila y el buitre hubo una cuestión muy grave, y no se oyó más, durante mucho tiempo, que el ruido de cacareos agresivos y graznidos amenazadores. Los corvos picos y

las garras feroces se afilaban sin cesar en los peñascos majestuosos y todo hacía presagiar una terrible guerra.

Pero, por fin, todo se arregló y la cordillera, equitativamente repartida, quedó en paz.

Al poco tiempo el mosquito y la mosca pensaron que no debían ellos ser menos que las aves de rapiña, y también empezaron a disputarse la posesión de las orillas de un pantano.

También hubo mucho ruido; por lo menos así lo aseguraban ellos, pues nadie alcanzó a oírlo; y tampoco cuando convinieron en hacer la paz, nadie sabía que hubieran estado a punto de pelear.



Índice

Acerca de estas fábulas y de su autor.....	5
El hombre y la oveja	9
El pajarito y la luciérnaga	10
La mariposa y las abejas	10
El tigre y los chimangos	13
La gaviota y las langostas	14
La hormiga y la cucaracha.....	15
El mono y la naranja	16
El perro fiel.....	18
La cigüeña.....	19
El hurón y la gata	20
La vizcacha y el pejerrey.....	21
Los pavos y el pavo real.....	22
El terú-terú	24
El trigo.....	25
El loro y el hornero	26
El caballo asustadizo	26
Las palomas	28
Concurso de belleza.....	29
El zorro y el avestruz	32
El caracol	33
El tigre y sus proveedores.....	34
El zorro y la vizcacha.....	36
La cotorra y la urraca	37
El chancho gordo	38
Flores quemadas.....	38
La mulita indiscreta	39
¡Ay del hombre solo!	40
El gato blanco	42
La gran conejera	42
Interesante sesión	44
El entierro del perro.....	46
El chajá y los patos	47

Condor y chingolo.....	48
La vizcacha inexperta.....	49
Amor sincero.....	50
El hornero y la paloma	51
Las colmenas.....	52
El escarabajo y el picaflor.....	53
La lechuza y el zorro.....	54
Pelea de gallos	55
La rosa, el picaflor y la mariposa.....	56
El gato montés y la nutria	57
Los gatitos en la escuela	58
El toro y la argolla	59
La araña	59
El perro y el zorro	60
La víbora y el zorro.....	62
El cuis y la lechuza	63
Los dos gallos y la polla	64
Jerarquía.....	65
El mono y la cinta elástica	66
La hormiga y su fortuna	67
Los dos perros y el ladrón	68
La comadreja y el zorro.....	69
El triunfo del zorro	70
La gallina y la perdiz	70
El cisne y la garza mora.....	72
Las liebres	73
El pato y las gallinas	74
El nido del carancho	75
El perro y el cabrón viejo.....	76
Mucho ruido, pocas nueces.....	77
El zorro y el puma	78
El vizcachón previsor	79
Las vizcachas	80
La araña y el sapo	81
El hurón y el zorro en sociedad	82
El burro	83
El loro muerto	84
El avestruz y el ganso	84
Maniobras militares	86
La vaca empantanada	86
Las opiniones del gallo	87
El carpinchó y los progresos de la civilización.....	88
Aves de rapiña y mosquitos.....	91

Sobre la Asociación La Nube. Infancia y cultura



Desde sus inicios en 1976 como librería especializada, *La Nube* se propuso ser un centro de documentación destinado a reunir, preservar y difundir todo lo que se ha producido y se produce en torno a la cultura de la infancia. A principios de los 90 se formaliza el proyecto de centro multimedial con la figura de Asociación Civil Sin fines de Lucro, bajo la presidencia de su fundador, Pablo Medina. Nace así *La Nube. Infancia y Cultura*, con un patrimonio de más de 60.000 documentos que incluyen libros y revistas organizados temáticamente, material fonográfico, videográfico, iconográfico y museográfico, juegos, juguetes, títeres y marionetas, entre otros.

En el año 2003 *La Nube* se traslada a su actual edificio donde multiplica y diversifica su propuesta: biblioteca y centro de documentación e investigación, programas de capacitación y el servicio de consulta bibliográfica; espacio experimental de lectura y visitas temáticas para niños; espectáculos y tienda especializada son algunas de las actividades de *La Nube*.

La nube
e.d.i.c.i.o.n.e.s

Asociación La Nube. Infancia y Cultura

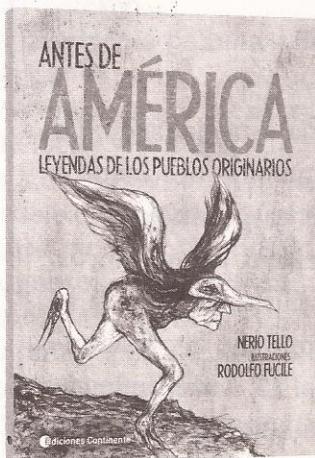
Jorge Newbery 3537- (1226)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Telefax: (54-11) 4552-4080

<http://www.asociacion-lanube.org.ar/>
lanube@asociacion-lanube.org.ar

OTROS TÍTULOS DE NUESTRA EDITORIAL



ANTES DE AMÉRICA Leyendas de los pueblos originarios

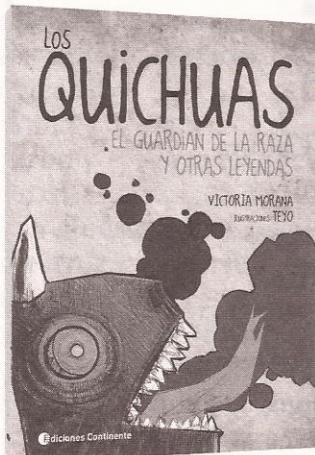
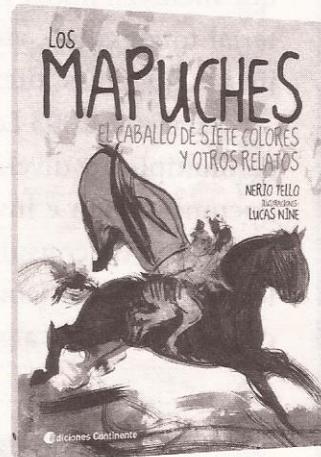
Nerio Tello - Ilustraciones: Rodolfo Fucile
96 páginas - ISBN: 978-950-754-261-6

Cuando los españoles llegaron al continente que luego llamaron América se encontraron con una gran diversidad de grupos étnicos a lo largo y ancho de la región. Algunos eran solo pequeñas tribus, a veces nómadas. Otros, en cambio, integraban conglomerados humanos que se habían desarrollado como verdaderas civilizaciones. Cada uno de estos pueblos tenía su idioma, religión, tradiciones y un desarrollo cultural que les daba una fuerte identidad. Las leyendas aquí seleccionadas son algunas de las maravillosas historias que se conocían en las distintas partes de América, antes de la llegada de los invasores.

LOS MAPUCHES El caballo de siete colores y otros relatos

Nerio Tello - Ilustraciones: Lucas Nine
64 páginas - ISBN: 978-950-754-259-6

El pueblo mapuche es una de las etnias más antiguas de la Patagonia. Sus historias, venidas de tiempo inmemorial, resumían la magia y el misterio que caracteriza a los relatos míticos. Los enigmas de la creación y las dudas, profundamente humanas, que generaban, les permitieron a los mapuches entretejer una trama de narraciones con animales raros, fenómenos curiosos y la permanente lucha entre el bien y el mal. Estas leyendas son versiones libres sobre recopilaciones de investigadores como Bertha Koessler-Ilg y César A. Fernández, entre otros.



LOS QUICHUAS El guardián de la raza y otras leyendas

Victoria Morana - Ilustraciones: Teyo
64 páginas - ISBN: 978-950-754-258-9

El imperio incaico, en su apogeo, extendió su dominación a gran parte del noroeste argentino y Bolivia. Sus leyendas, casi todas de tono épico, recuerdan la grandeza del imperio antes de la llegada de los españoles y las peripecias de la vida tras la derrota. La riqueza de esos relatos, no exentos de poesía, pone en evidencia la fortaleza de una raza que aún doblegada resistió y resiste desde la memoria y desde la exaltación de aquellos que los precedieron.

Estas *Fábulas argentinas* constituyen una curiosidad dentro del acervo literario de nuestro país. El autor vincula, con singular destreza, relatos de la tradición popular universal con personajes (liebre, comadreja, zorro, vaca y aves de todo plumaje) y temas de la pampa argentina. Estas narraciones breves, de estructura sencilla y de prosa difusa, fluctúan entre la inocencia, el humor y la ironía, dejando sentada, casi siempre, la intención pedagógica del autor.



Godofredo Daireaux nació en Francia en 1839. A los 30 años llegó a la Argentina traído por las corrientes migratorias. Un problema de salud lo alejó de las actividades rurales por lo que dedicó gran parte de su vida a exaltar la cultura de la pampa que tanto amaba. Murió en Buenos Aires en 1916.

Manuel Purdúa es ilustrador. Cursó en la escuela de Ilustración Sótano Blanco y actualmente es alumno de la licenciatura en Artes Visuales en el Instituto Universitario Nacional de las Artes (IUNA). Forma parte del Foro de Ilustradores de la Argentina (forodeilustradores.com.ar/mpurdia) y de la Asociación de Dibujantes de Argentina (ADA). Ilustra libros de cuentos para niños.